

EL BAÚL DE TARTARIA

El mapa que cambió la historia de América



El mayor misterio de la historia
no es lo que ocurrió...
sino lo que dejó de contarse.

ÁNGEL PRIMAL

EL BAÚL DE TARTARIA

Todo comenzó con un baúl olvidado.

Dentro no había respuestas.

Había preguntas
que cambiarían la historia del mundo.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN Y PRÓLOGO

La historia que heredamos

PARTE I — EL HALLAZGO

1. La subasta — Lote 47
2. Las fotografías imposibles
3. El viajero — 1796

PARTE II — EL SISTEMA

4. Las ciudades de la Federación
5. Frisland — El nodo perdido
6. Las comunidades

PARTE III — LA OCUPACIÓN

7. La usurpación
8. El regreso imposible
9. Los hospitales

PARTE IV — LA REESCRITURA

10. Chilaga — El reinicio
11. El escaparate del sistema
12. San Francisco — La fiebre del oro

PARTE V — LOS QUE RECUERDAN

13. Los que saben
14. El riesgo de recordar

PARTE VI — EL RECONOCIMIENTO

15. El archivo inicial
16. El manuscrito oculto
17. El hallazgo
18. El reconocimiento

EPÍLOGO — La caja

✦ INTRODUCCIÓN

Hay historias que no desaparecen. Solo cambian de lugar... se hunden bajo capas de barro, bajo nuevas ciudades, bajo nombres distintos, bajo fechas que parecen exactas y, sin embargo, no explican nada.

Permanecen ahí, inmóviles, como una arquitectura enterrada, esperando. No a que alguien las valide, sino a que alguien haga la pregunta correcta.

Durante mucho tiempo creí que la historia funcionaba como una restauración. Uno llega al documento, retira el polvo, recompone el borde rasgado, devuelve legibilidad a lo que el tiempo ha deteriorado, y al final aparece una verdad más nítida. No una verdad absoluta, pero sí una más cercana a la original. Estaba equivocado.

La historia no siempre se deteriora de forma natural. A veces no se borra. Se recoloca, se asignan fechas, se redefinen orígenes y se integran estructuras que ya existían dentro de una narrativa nueva. No es construcción ni destrucción, es adaptación.

Este libro no es una reconstrucción histórica.

Tampoco es una ficción convencional. Nace en un punto intermedio, incómodo. Parte de una intuición: que algunas estructuras del pasado no han desaparecido, solo han dejado de ser reconocidas.

Lo que aquí se cuenta no pretende ser una demostración.

Se presenta como una novela, pero no surge solo de la imaginación.

Mantiene un relato alineado con la cronología real, mezclando ficción con una posible realidad.

Hay registros, mapas, anomalías y patrones que, al observarse en conjunto, dejan de parecer casuales.

Este libro no los explica. Solo los coloca para que el lector decida cómo mirarlos.

Tampoco pretende responder a preguntas incómodas o imponer una nueva versión de la historia.

Este libro plantea una posibilidad: que ciertos elementos del pasado hayan sido reorganizados dentro de un sistema de coherencia más amplio. Nace de la certeza de que no todo lo que ha quedado fuera de la historia, ha desaparecido realmente.

A veces, lo que no encaja no se elimina. Se desplaza, se fragmenta, se diluye. No desaparece. Tan solo se vuelve más difícil de reconocer. Alguien interviene antes, mueve las piezas, cambia las etiquetas, sustituye unas páginas por otras... dejando intacta la apariencia general del archivo.

Y cuando distintas piezas empiezan a coincidir, aunque nadie las relacione, aunque no exista un relato que las una, algo se activa. No en los archivos. En la percepción.

Hace mucho tiempo que dejé atrás las explicaciones oficiales sobre la construcción de estructuras antiguas como las pirámides. La mayoría no resiste un análisis medianamente riguroso.

Con el tiempo entendí que esas incoherencias quizá no están ahí por error, sino para mantener nuestra atención dirigida hacia un pasado demasiado remoto, lejos de lo más reciente, de aquello que tiene un

peso más determinante en la forma en que entendemos nuestra historia y damos sentido a nuestra vida.

Este libro no pide que creas en algo nuevo o que rehagas lo que ya conoces. Solo propone un gesto distinto: mirar sin necesidad de cerrar la pregunta. Permitir que lo que produce disonancia permanezca el tiempo suficiente como para poder verlo con ojos nuevos.

Porque quizá el problema no sea la historia, sino el marco desde el que nos han anclado a mirarla, y desde el que nunca hemos dejado de hacerlo.

Quizá, en ese gesto... algo empiece a reconocerse.
Y, por primera vez, a ser honrado.

✦ PROLOGO

La Historia Que Heredamos

Hay objetos que sobreviven al tiempo. No porque sean valiosos, sino porque nadie se ha molestado en destruirlos... o en recordarlos.

Durante siglos hemos asumido que la historia funciona como un registro acumulativo del pasado. Cada generación añade una capa de conocimiento sobre la anterior. Los documentos se conservan, los archivos se ordenan, los errores se corrigen. Esa es la teoría. La práctica es más extraña.

Los archivos también se reorganizan. Los documentos se pierden. Los mapas cambian. A veces, cuando uno compara ediciones separadas por apenas cincuenta años, descubre algo inquietante: ciudades que se desplazan, ríos que cambian de curso sin explicación, islas enteras que aparecen durante siglos y luego dejan de existir.

Los cartógrafos antiguos conocían bien ese fenómeno. Lo llamaban tierras perdidas. La mayoría eran simples errores de navegación: confusiones con bancos de hielo o espejismos en el horizonte. Pero algunas islas habían sido demasiado recurrentes como para ser un simple error.

Una de ellas era Frisland.



Durante más de doscientos años apareció en mapas europeos, situada entre Islandia y Groenlandia. Algunos cartógrafos la dibujaban casi tan grande como Irlanda. Otros representaban puertos, bahías y ciudades. Luego, a finales del siglo XVIII, la isla desapareció.

Las expediciones que cruzaban el Atlántico norte ya no la encontraban. Los nuevos mapas la eliminaron. La historia la enterró con una frase: Frisland nunca existió. Esa es la explicación oficial.

La historia oficial tiene una ventaja evidente: simplifica las anomalías. Pero simplificar no significa explicar. A veces solo ordena el relato lo suficiente como para que nadie siga preguntando.

Y cuando la narrativa se presenta como algo completamente coherente, sin error visible, sin fisuras, sin contradicciones, el engaño resulta invisible.

Esta novela comienza con una de esas preguntas que no aparecen en los libros de historia: ¿Qué ocurre cuando una civilización es borrada de los registros históricos, pero sus ciudades siguen en pie? ¿Y si la respuesta no estuviera en la historia, sino en lo que quedó fuera de ella?

Durante años busqué en archivos, mapas y registros. Las respuestas no estaban allí. Aparecieron en otro lugar: en los cuadernos de un viajero llamado Max y en un misterioso baúl.

El objeto que terminó cambiando mi vida no parecía importante. En el catálogo figuraba como un lote menor: un baúl de viaje del siglo XIX, procedencia desconocida, contenido sin clasificar. Nada más.

La primera frase en uno de los cuadernos empezaba así:
“Llegué a América esperando encontrar un mundo nuevo...”

Aún hoy no estoy seguro de cuándo empecé a entenderlo. Quizá cuando encontré unas imágenes imposibles cuya datación no cuadraba con la cronología oficial. O quizá cuando descendí bajo una ciudad moderna y vi, a la luz de una linterna, una construcción de enormes losas de piedra cuyo origen nadie podía explicar.

En los cuadernos se menciona una frase que ha regresado a mí tantas veces que ya no sé si la leí o la escuché personalmente:

—La gente cree que está construyendo un mundo nuevo... Y ya no queda nadie vivo que recuerde el mundo anterior.

No puedo evitar pensar que todo sigue ahí, esperando ser reconocido. No solo como un recuerdo, sino como una presencia cuya belleza podría volver a revelarse en las formas... y en el ser humano que aprende a sostener la mirada.

La armonía de ese mundo sigue respirando bajo la superficie.

Y una vez que lo reconoces... ya no puedes fingir no verlo.

CAPÍTULO 1

La Subasta — Lote 47

El catálogo de la subasta llegó una semana antes. No recordaba haberlo pedido ni que me hubieran incluido en la lista.

En cualquier caso, no esperaba encontrar nada importante en él.

Era uno de esos catálogos que los archivos y bibliotecas envían cuando liquidan fondos duplicados, objetos sin catalogar o piezas cuya procedencia ya nadie recuerda.

La mayoría de los lotes consistían en muebles antiguos, cajas de documentos administrativos o mapas deteriorados que habían pasado demasiado tiempo almacenados en sótanos húmedos.

Nada fuera de lo común.

CATÁLOGO ILUSTRADO DE OBJETOS DE INTERÉS HISTÓRICO Y CURIOSIDADES

23

SUBASTA PÚBLICA
DE
ANTIGÜEDADES
Y
OBJETOS DE COLECCIÓN

Por cuenta de diferentes
propietarios y herederos

A celebrarse en el Salón de Ventas
de la Casa de Subastas de

E. DUVAL & C^o
CALLE DE ALCALÁ, 14
MADRID

Días 14, 15 y 16 de Mayo
de 1890, a las dos de la tarde

EXPOSICIÓN PÚBLICA
Días 11, 12 y 13 de Mayo
de 10 de la mañana a 5 de la tarde

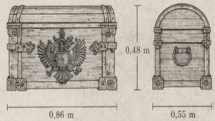
LOTE 47 — BAÚL DE VIAJE



PROCEDENCIA: Desconocida
DATACIÓN ESTIMADA: Finales del siglo XIX
MATERIALES: Madera reforzada con herrajes metálicos
ESTADO: Conservación estructural completa

DESCRIPCIÓN.
Baúl de transporte de dimensiones medias con estructura reforzada mediante placas metálicas remachadas. Presenta en su cara frontal un emblema heráldico de doble cabeza, trabajado en relieve, cuya iconografía no corresponde a ningún registro catalogado dentro de los repertorios oficiales europeos del periodo.
El desgaste superficial sugiere un uso prolongado en condiciones variables. Sin embargo, los elementos metálicos mantienen una integridad poco habitual para piezas de este tipo, lo que indica una posible aleación no estándar para su época.

OBSERVACIÓN DEL ARCHIVO: El interior no ha sido completamente clasificado. Se registran indicios de contenido documental previo.



PESO APROX.: 18,7 kilogramos

NOTA: Las descripciones se han redactado según los datos facilitados por los consignadores.
La Casa de Subastas no garantiza la autenticidad absoluta de los objetos.

"No es el objeto lo que importa... sino lo que ha permanecido dentro"
el tiempo suficiente como para no ser alterado."

Pasé las páginas prestando muy poca atención, casi automáticamente, sin buscar nada en especial, más por costumbre que otra cosa.

Fue entonces cuando lo vi. No fue una elección consciente. Mi atención se detuvo ahí antes de que yo lo decidiera.

Lote 47. Baúl de viaje. Siglo XIX.

Nada en la descripción sugería que aquel objeto hubiera cruzado medio mundo o que hubiera pertenecido a alguien digno de mención. No sé por qué me llamó la atención. No había ningún motivo.

Quizá porque parecía ser el único objeto del catálogo fuera de lugar. O quizá la imagen que había en la tapa, algo que no aparecía mencionado en la descripción. Una especie de emblema metálico de un águila con dos cabezas.

Durante unos segundos pensé que se trataba de un motivo decorativo, una pieza ornamental añadida por algún fabricante europeo. Sin embargo, según miraba la imagen, algo empezaba a vibrar en mí.

No era un adorno cualquiera. Reflejaba una extraña sensación de poder, misterio y misticismo.

No obstante, pasé la página y seguí revisando el catálogo. Unos minutos después volví atrás. El baúl seguía allí, como esperando.

La subasta se celebraba tres días después. En realidad, no tenía ningún motivo para ir, pero aquel baúl despertaba en mí una atracción inexplicable... Y no pude evitar presentarme allí.

La sala estaba medio llena: coleccionistas de muebles, comerciantes de antigüedades, algunos restauradores. Nada fuera de lo habitual.

Los primeros lotes pasaron rápido: sillas, vitrinas, cajas de documentos, grabados antiguos.

Cuando llegó el lote 47, el subastador apenas levantó la voz.

—Baúl de viaje, siglo XIX... Silencio...

Nadie parecía interesado.

Levanté la mano. Hubo una pausa muy breve... y el martillo cayó.

Todo fue demasiado rápido, como si nadie hubiera tenido realmente la oportunidad de intervenir.

El baúl era mío. O quizá... yo empezaba a ser suyo.

No sabía si lo había comprado siguiendo mi propia intuición o empujado por alguna fuerza externa invisible.

No esperaba encontrar nada especial. Sin embargo, algo en aquel baúl transmitía una clase muy específica de silencio. No el silencio de algo vacío, sino de algo muy especial que llevaba guardado demasiado tiempo.

La verdad es que no sentí entusiasmo ni decepción. Solo una curiosidad extraña que no sabría explicar.

Esa misma tarde lo llevé a mi estudio.

Durante el trayecto tuve la sensación de que no había comprado un objeto... sino algo que me estaba esperando.

No sabría decir por qué. Esa clase de intuición era muy poco habitual en mí.

Lo dejé en una esquina y me limité a observar aquel emblema metálico: el águila bicéfala.

Había algo en su diseño que transmitía poder y conocimiento al mismo tiempo, como si perteneciera a una sabia tradición antigua o una civilización desconocida.

Finalmente abrí el baúl, aunque con cierta dificultad, y durante un instante tuve la impresión de que algo parecía brillar en el interior.

Dentro encontré mapas, dibujos y artefactos. También había seis cuadernos, todos escritos por la misma persona: Max.

Junto a ellos, varios manuscritos redactados por otra mano. No estaban firmados, pero la letra era completamente diferente.

Max había llegado a América en 1796.

Los cuadernos formaban un diario, pero no parecía un diario de viaje cualquiera. En su primer cuaderno, Max narraba sus aventuras, pero en el resto describía con gran detalle los eventos que estaban ocurriendo mientras el mundo cambiaba en el siglo XIX.

Según sus propias palabras, había recorrido el interior del continente durante años y había visto ciudades que no aparecían en ningún mapa.

No sabía entonces que aquellas páginas iban a cambiar por completo mi forma de mirar el pasado.



Abrí el segundo cuaderno y leí: “Llegué a América esperando encontrar un mundo nuevo. Lo primero que encontré fueron preguntas.”

Era una frase de Max, y yo no sabía que sería el tema de esta historia.

Las páginas siguientes no intentaban responderlas. Cada entrada añadía una anomalía nueva: un mapa que no coincidía con ningún trazado conocido, ciudades que aparecían donde no deberían existir, edificios majestuosos sin coherencia con la cronología.

Demasiadas cosas que no encajaban con nada que yo pudiera interpretar. No encontraba un marco, una referencia, una lógica previa que me permitiera colocar tanta incoherencia en su sitio.

CAPÍTULO 2

Las Fotografías Imposibles



Durante unos minutos me limité a mirar uno de los cuadernos que había abierto sobre la mesa. La letra era regular, sin correcciones visibles.

No parecía el tipo de escritura improvisada que uno encuentra en diarios de viaje. Cada línea estaba escrita con intención, como si el autor supiera que alguien, en algún momento del futuro, acabaría leyendo aquellas páginas.

Max escribía como alguien muy sorprendido que se enfrenta a algo totalmente inesperado.

Aunque el asombro no era solo suyo, era mío también, no solo por lo que decía, sino por lo que implicaba.

Sus anotaciones revelaban una versión incompatible con el relato tradicional del descubrimiento y la conquista de América.

El cuaderno no seguía una estructura narrativa convencional. No había introducciones ni contexto, solo registros: coordenadas, descripciones concisas, anotaciones directas. No parecía estar contando una historia, sino documentando un proceso en tiempo real.

Las primeras entradas eran breves: fechas, trayectos y pequeñas observaciones sobre rutas, ríos y asentamientos. Nada parecía fuera de lugar. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, empezó a formarse un patrón.

En varios pasajes mencionaba edificios desproporcionados, plazas monumentales en lugares donde apenas vivían unas pocas centenas de personas, avenidas anchas, pavimentadas en piedra, que parecían diseñadas para un tránsito que no existía.

Al principio pensé que se trataba de exageraciones, el tipo de impresiones que cualquier viajero puede tener al enfrentarse por primera vez a un territorio nuevo. Hasta que abrí otro cuaderno.

Entre sus páginas había varios dibujos increíblemente precisos de las plazas y edificios que describía. Y debajo de los cuadernos, envuelta en una tela oscura, encontré una pieza que no había visto al abrir el baúl.

Un artefacto metálico compacto, sin juntas visibles. Parecía algún tipo de una tecnología avanzada que nunca había visto. Tenía el tamaño de una cámara, pero carecía de lente.

Extendí algunas imágenes sobre la mesa, y durante unos instantes no comprendí exactamente lo que estaba mirando.

Pensé que se trataba de dibujos extremadamente precisos. Pero había algo en la luz... en las sombras. No era solo la exactitud. Eran demasiado perfectas.

Miré de nuevo el objeto. Un dispositivo antiguo... con un aspecto sorprendentemente moderno.



Regresé a las imágenes.

No coincidían con nada que hubiera visto antes. Había calles, plazas, edificios de piedra, torres, arcos...

Todas tenían una definición perfecta, una coherencia en la luz y en las proporciones que resultaba imposible de explicar, como si aquello hubiera sido captado, no dibujado.

Pero si aquellas imágenes eran fotografías... el problema no estaba en lo que mostraban, sino en cuándo habían sido tomadas. No era la imagen en sí misma. Era la cronología.

Porque implicaba que aquellas ciudades ya existían y habían sido construidas muchas décadas antes. Quizás siglos. Como si el siglo XIX hubiera sido el momento en el que alguien hubiera decidido cambiar la historia de su origen.

Nada de aquello encajaba con el nacimiento de una nueva civilización.

Según Max, eran ciudades heredadas, no diseñadas ni construidas por las nuevas generaciones.

Las proporciones se repetían, las alturas obedecían a algo más que al diseño, y su coherencia no correspondía a un desarrollo improvisado.

Pero si no habían sido construidas en ese siglo... entonces las posibles explicaciones empezaban a ser desconcertantes.

Y eso, más que hacerme dudar, empezaba a inquietarme.

Durante unos segundos no pensé en ciudades... pensé en el tiempo.

Si aquellas imágenes eran auténticas, el problema era su fecha. Su definición no pertenecía a la tecnología de principios del siglo XIX.

Intenté encontrar una explicación: reproducciones posteriores o copias realizadas a partir de grabados antiguos. Pero las perspectivas eran demasiado precisas y la luz demasiado natural. Había también sombras, texturas y otros detalles que un grabado no podía recrear.

En algunas imágenes, había personas con vestimentas que no pertenecían a ninguna época concreta.

Y en varias de ellas, en el cielo, podían verse globos. Globos aerostáticos con formas alargadas. Allí estaban, suspendidos en el aire.



Max decía pasar horas observándolos descender. Quedaban suspendidos junto a plataformas o en grandes hangares abiertos.

Decía que se movían empujados por el viento... y también en la dirección opuesta.

Ese tipo de vehículos aéreos no existía aún en esa época.

Volví al diario. Busqué referencias. En una de las páginas encontré una breve anotación. Una sola frase: “La ciudad estaba casi vacía, pero sus edificios parecen contruidos para millones de habitantes.”

Leí la línea varias veces. Luego miré de nuevo las imágenes.

Las plazas eran enormes. Las avenidas estaban diseñadas para cientos de carruajes y miles de personas.

En el centro aparecían siempre las mismas estructuras: una torre enorme con una gran bóveda y un arco tetrapórtico.

Al principio pensaba que podían tener alguna función religiosa... pero no se parecía a ninguna arquitectura religiosa conocida.

No eran iglesias ni edificios administrativos. Era algo que Max mencionaba siempre en sus diarios: torres y arcos.



No los describía como elementos aislados. Anotaba sus posiciones y las distancias entre ellos.

Volví a examinar las imágenes. En tres de ellas pude distinguir claramente las mismas estructuras, situadas siempre en el centro de la ciudad. Todo el trazado urbano parecía haber sido organizado alrededor de estas estructuras.

Pensé también que podrían ser elementos simbólicos.

Había una frase escrita: “Parecen construidas para funcionar.”

Empecé a tener claro que el baúl no contenía simplemente recuerdos de viaje. Contenía una observación sistemática de lugares y estructuras que, según los mapas oficiales, ni siquiera deberían existir.

No señalaba solo construcciones aisladas, sino repetidas y relacionadas unas con otras.

Entonces empecé a ver otro tipo de disonancia. Una que no estaba en los mapas, sino en los tiempos. Durante siglos hemos asumido que construir una ciudad es un proceso lento: generaciones... capas... errores que se corrigen con el tiempo.

Lo que describía Max desentonaba con gran parte de la historia del siglo XIX, especialmente las primeras décadas.

Cerré el cuaderno. Y permanecí en silencio, mirando las fotografías extendidas sobre la mesa.



Entonces recordé el emblema del baúl. El águila de dos cabezas.

Por un momento tuve la sensación de que ya había visto ese símbolo antes en una de las imágenes.

Me levanté, caminé hasta el baúl y volví a observar el símbolo metálico.

Me inundó una extraña sensación de que aquel baúl había sido construido para guardar algo importante y que, por alguna razón, había terminado en mis manos.

Antes de abrir otro cuaderno, miré de nuevo el interior del baúl. En el fondo, entre telas cuidadosamente dobladas, había varios objetos que aún no había examinado.

Los saqué uno a uno. Eran artulugios de metal. Uno de ellos destacaba sobre el resto: estaba formado por varios anillos concéntricos que giraban entre sí con una precisión casi perfecta.



Lo giré con cuidado. El movimiento era continuo y sin resistencia.

Pensé que se trataba de un instrumento astronómico, algo diseñado para seguir el movimiento de los astros o de las estrellas.

Las piezas parecían muy antiguas. Sin embargo, no estaban oxidadas y se movían con gran fluidez.

Debajo encontré varios planos. Dibujos técnicos. Secciones de estructuras y mecanismos que no lograba interpretar.

Nada de aquello coincidía. Ni con la historia. Ni con la tecnología conocida.

Abrí otro cuaderno. En la primera página había una frase escrita con tinta más oscura:

“Hay ciudades que no aparecen en los mapas. Ni en los registros. Pero eso no significa que no hayan existido o que no existan.”

Por un momento no dudé de la autenticidad de las imágenes.

Empecé a dudar de todo lo demás.

Porque si aquellas fotografías eran auténticas, entonces no se trataba solo de que la historia estuviera incompleta, sino que el orden cronológico había sido reorganizado.

Por un momento tuve la sensación de que todo encajaba... o al menos empezaba a hacerlo de una forma difícil de ignorar.

Luego apareció otra sensación más incómoda.

Quizá estaba forzando una interpretación de todo aquello... o quizá, por primera vez, estaba empezando a aceptar lo que parecía más evidente.

Me detuve unos minutos y consideré la posibilidad de no documentar nada... y olvidarme de todo.

Sin embargo hice lo contrario. Decidí seguir.

CAPÍTULO 3

El Viajero — 1796

El primer diario tenía fecha de Julio de 1796.

Al principio la letra era algo ilegible, apresurada, como la de un explorador que simplemente escribe porque quiere recordar.

A partir del segundo cuaderno, en cambio, se volvía firme y clara, como la de alguien que necesita dejar constancia.

Ya no parecía escribir para sí mismo, sino para quien viniera después.

Las primeras anotaciones hablaban de un viaje. Había llegado a América desde Europa.

No explicaba sus orígenes ni el motivo de su viaje. Tan solo dejaba entrever que había salido para huir: problemas con la justicia, con la Inquisición, con la autoridad.

Y algo más... Había mentido sobre su edad y sobre su nombre para poder viajar sin ser detenido. Tenía solo dieciséis años.

No había llegado a América a través de un puerto consolidado ni siguiendo una ruta tradicional.

Las primeras referencias en sus cuadernos no mencionaban nombres.

Hablaban de bahías abiertas, de costas sin límites definidos, de lugares donde la tierra y el mar no parecían pertenecer a ningún lugar.

Sus primeras anotaciones sitúan la llegada durante el verano, en territorios que entonces pertenecían a la corona española.

Menciona tres lugares: bahía de Matagorda, bahía de Galveston y también Corpus Christi.

No describe grandes muelles ni infraestructuras.

Menciona barcos fondeados lejos de la costa, cargas que se trasladaban en pequeñas embarcaciones, movimiento sin demasiado orden.



Menciona también que durante la travesía, varios días antes de llegar a la costa, vio un pez enorme volando sobre el agua.

No era como los pequeños peces voladores que había visto antes. Ese tenía un tamaño descomunal.

Insistía en que superaba los veinte metros y que tenía unas aletas que medían diez metros de punta a punta.

Uno de los viajeros mencionó que los marineros antiguos lo llamaban el “planeador de superficie de aleta celeste”.

Max pasó un tiempo en Matagorda, ayudando en la reparación de barcos, y en la bahía de Corpus Christi, descargando materiales.

Fue allí donde, poco a poco, su función cambió. Le ofrecieron un trabajo copiando mapas y, sin buscarlo, empezó a ver algo más que rutas... comenzó a reconocer trazados y a aprender a leerlos.

Durante esos primeros años, se desplaza bordeando la costa sin una dirección aparentemente definida.

A partir de 1800, el recorrido adquiere una forma más concreta. Sus notas comienzan a referirse a asentamientos reconocibles dentro del territorio español del norte de Nueva España:

Reynosa, cerca del río Bravo, Camargo y San Fernando, en donde ya encuentra iglesias y calles trazadas.

Años después, el recorrido alcanza un punto de inflexión: Saint Louis.

Nada de lo que había visto hasta entonces se podía comparar a aquello.

No describía solo sorpresa. Decía que era una sensación difícil de precisar: una mezcla de fascinación, desorientación e intriga. Como si hubiera llegado a un lugar que no creía posible en ese territorio... y, sin embargo, estaba allí, delante de sus ojos.

Las calles eran muy amplias y las proporciones no reflejaban el número de habitantes paseando por sus calles. Los edificios no parecían nuevos, pero tampoco antiguos.

Max lo describía con un enorme asombro: “Todo transmitía una sensación extraña de permanencia.”

A diferencia de los asentamientos del sur, Saint Louis no sería solo un punto de paso. Se convirtió en un lugar al que llegaba... y desde el que partía.

Sus viajes dejaron de ser lineales y empezaron a adoptar una forma radial. Saint Louis permanecía como eje. Siempre regresaba allí.

Desde ahí se desplazaba en distintas direcciones, recorriendo ciudades que, en sus propios términos, no deberían existir con esas construcciones tan majestuosas:

Chicago —que en sus cuadernos aparece a menudo como Chilaga—, New York, Washington D.C., Boston y otras ciudades del interior más pequeñas.

Max no miraba como un viajero. Describía no solo lo que veía, sino cómo se repetía: estructuras, proporciones, relaciones.

Las ciudades no solo compartían una forma similar: aparecían terminadas. Estaban creciendo alrededor, pero el centro de cada ciudad ya estaba ahí... completo.

En sus últimas anotaciones aparece mencionada su intención de desplazarse hacia el oeste, hacia San Francisco, pero no hay registros sobre ese viaje.

En Saint Louis le hablan de una mujer a la que llamaban la “princesa del viejo mundo”. El nombre llamó su atención... ¿princesa de qué? ¿de un territorio? ¿de un reinado?



CAPÍTULO 4

Las Ciudades de la Federación

Volví a las imágenes.

Esta vez no miré los edificios. Me fijé en el papel. No correspondía a su tiempo y los negativos tampoco.

No era una cuestión de estilo. Era una cuestión de posibilidad. Aquellas imágenes no deberían existir.

No eran fotografías mal fechadas... Eran fotografías técnicamente imposibles.

La textura del papel era demasiado uniforme y la emulsión demasiado estable. Los negativos no eran placas de vidrio ni celuloide y el material no se parecía a nada que yo conociera.



El problema no era lo que mostraban... sino que existieran.

Max llegó a Saint Louis en el verano de 1805. Durante los primeros días estaba más que impresionado. Nunca había visto nada igual.

Las calles eran increíblemente anchas y estaban todas pavimentadas en piedra. En el centro de la ciudad había edificios majestuosos que se alzaban sobre columnas enormes, arcos enormes, y torres coronadas por bóvedas, que parecían tocar el cielo, con piezas metálicas incrustadas que brillaban.

Vio también edificios esbeltos que se elevaban por encima del resto, coronados por grandes campanas suspendidas en lo alto.

Tenía miedo a las alturas, aun así un día se animó a subir en un globo, algo que allí no parecía excepcional. Se elevó lentamente hasta casi cien metros.



Desde arriba la ciudad se convirtió en un trazado: las calles eran líneas, las torres puntos, y los enormes arcos eran puertas.

El desplazamiento fue muy breve. El movimiento dejó de ser estable y decidieron descender por seguridad. Comenta que antes iban más lejos.

Anotó además la presencia de vehículos que se desplazaban solos, sin caballos, avanzando en silencio, deslizándose sobre el pavimento sin esfuerzo ni fuente de energía visible.

En días de frío entraba en edificios de piedra situados en el centro de la ciudad donde la temperatura se mantenía siempre templada. No había fuego, ni braseros, ni chimeneas. No ocurría dentro de todos los edificios, solo en ciertas construcciones.

Menciona también que algunos edificios estaban iluminados. En su interior, en lugar de lámparas de aceite, había unas lucecitas que se mantenían encendidas sin que nadie las atendiera.

Fue durante esos primeros meses cuando conoció a la princesa. En sus cuadernos escribe: “La mujer volvió a hablarme hoy.”

No explica cuándo la vio por primera vez ni dónde... ni qué función desempeñaba dentro de la ciudad. Solo deja claro que ella ya estaba allí desde hacía mucho tiempo.

Hablaba español e inglés. Había tenido contactos con exploradores y comerciantes, llegados desde Europa, que pasaban largas temporadas en Saint Louis. Tenía una gran facilidad para aprender otras lenguas.

—Llevo en este mundo más de setenta años —le dijo ella.

Max la miró con extrañeza... no aparentaba más de cincuenta.

—Nací en el año 7243.

Max soltó una pequeña sonrisa, más por desconcierto que por burla. Ella sonrió, sin ofenderse.

—Corresponde al año 1735 de vuestro calendario.

Max la observó intentando decidir si hablaba en serio... o si simplemente era una mujer confundida.

Le contó sus experiencias en la ciudad y todo lo que había visto —las torres, el arco, las campanas, los vehículos, el globo— mientras ella escuchaba sin interrumpir.

Cuando Max terminó, ella le habló con calma: —Nada está funcionando como antes. —No generaban energía —dijo—. La captaban y la canalizaban. Max la miró sin entender.

—Las torres —continuó— estaban diseñadas para eso. Captaban la energía y la estabilizaban en cada punto.

Levantó la mirada hacia el arco y guardó silencio un instante.

—Los arcos son los ejes que conectaban las ciudades y continentes. Las torres sostenían el sistema dentro de cada ciudad —añadió— Pero eran los arcos los que unían el mundo.

Max le preguntó sobre las campanas.

—Marcan el ritmo de la ciudad —contestó ella—. Su función principal es generar un pulso... una vibración que armoniza el cuerpo y nos mantiene conectados. Están colocadas dentro de estructuras diseñadas para amplificar la vibración y difundirla por toda la ciudad.

—¿Y los edificios de cristal?

La princesa no respondió de inmediato. Observó a su alrededor, como si midiera lo que Max podía llegar a entender.

—No están ahí por estética... —dijo al fin—. Filtran la luz... solo ciertas frecuencias... las más saludables para el cuerpo.



Hizo una pausa breve.

—El cristal no es transparente sin más: deja pasar los rayos beneficiosos y suaviza la luz que puede dañar. También amplifica las corrientes naturales... las que están en el aire, en la tierra, en todo.

—Luz, sonido y corrientes de energía no son cosas separadas.

Los diferentes espacios están diseñados para que todo confluya al mismo tiempo y así mantener el equilibrio.

Hizo otra pausa antes de añadir:

—Nada de lo que has visto fue diseñado para producir, sino para conducir y sostener.



Max preguntó quién había construido todo eso.

Ella negó ligeramente con la cabeza y dijo:

—La verdadera pregunta es qué hacía el sistema para facilitar la vida.

La princesa le habló también de la posición de las torres en cada ciudad y de la orientación de cada arco en relación con otras ciudades.

Max levantó la vista hacia una de las estructuras mientras ella decía:

—Todo está orientado hacia lo que lo mantenía en funcionamiento.

Continuó diciendo que las aperturas, las alturas, las ventanas... no están diseñadas solo para iluminar o ventilar, sino que están colocadas en relación con el cielo... sincronizadas con los ciclos solares, lunares y estelares.

Las torres no son independientes. Forman parte de un sistema más amplio. Captaban la energía, la estabilizaban y la distribuían.

La princesa desvió la mirada hacia el arco.

—Los arcos no son monumentos o estructuras simbólicas. Son ejes que conectaban las ciudades y los continentes.

—Las ciudades no estaban aisladas —añadió ella—. Son puntos dentro de una red que ha dejado de funcionar.

—¿Y para qué servía? —preguntó Max. Ella tardó en responder.

—Para sostener lo que se ve... y lo que no se ve.

Max no entendía, pero no interrumpía.

Después le preguntó sobre los canales. Ella contestó que se entrecruzan bajo la ciudad y son parte del sistema.



La ciudad está construida dentro del flujo del agua. Todo está conectado: los canales, los depósitos, las estaciones de elevación.

Max no entendía. —¿Estaciones de elevación? —Donde el agua subía —dijo ella—, donde se la hacía ascender cuando el terreno lo exigía.

El agua circulaba por toda la ciudad. No solo como recurso, sino como sistema. Entraba en los edificios, descendía, se redistribuía... y volvía a integrarse en un flujo continuo.

Los canales funcionaban como arterias: no para almacenar, sino para mantener el flujo en equilibrio. El agua fluía... y la ciudad respiraba.

Se giró hacia la ventana. —Por eso los edificios son como son y los sótanos son profundos. Todo forma parte del mismo circuito.

La princesa tardó mucho en continuar. —Ahora el agua sigue ahí —dijo—, pero el sistema no funciona.

—¿Y las fuentes? —preguntó Max.



—Forman parte del mismo sistema. No son simples pozos... El agua no estaba solo almacenada... estaba en movimiento.

Entonces... ¿todo estaba conectado? —preguntó él.

—Todo —contestó ella, mientras sus ojos contemplaban las estructuras: —Ahora ya no responden.

La princesa añadió que los fallos habían empezado hacía tiempo.

—Hubo una señal hace años, en 1780, el día que el cielo se apagó.

No fue tormenta ni humo. Fue como si algo hubiera cubierto el mundo de oscuridad. El cielo era totalmente negro, y por momentos rojizo.

Max la observaba en silencio.

—Fue una señal que no supimos interpretar.

Max frunció ligeramente el ceño, y ella hizo una pausa.

—Era un aviso para desconectarlo todo.

Levantó la mirada un instante. —Pero no lo hicimos.

Guardó silencio unos segundos.

—Dos días después... llegó.

—El cielo se encendió. Luces de colores que atravesaban la oscuridad de la noche: Rojos... verdes... en plena noche.

Había mucha luz... auroras que nunca habían viajado tan abajo.

Fue lo opuesto a la noche oscura.

Las estructuras se saturaron. Los conductores... las instalaciones... todo lo que estaba conectado. Recibió más de lo que podía soportar.

Max puso cara de interrogación.

—Fuego. En distintos puntos de la ciudad. —dijo ella.

Las instalaciones comenzaron a arder. No desde fuera.

Desde dentro... en las conexiones... en los propios circuitos.

Las estructuras no colapsaron. Las torres seguían en pie, pero lo que las hacía funcionar se había quemado totalmente.

La princesa bajó la mirada un instante.

—Seguimos intentando repararlo... —dijo—, pero el daño es demasiado profundo.

Hizo una pausa. —Los circuitos no son añadidos. Están dentro, incrustados en la piedra. Forman parte de la estructura.

Miró hacia Max y dijo: —Se construyó todo a la vez, piedra y metal.

El silencio se mantuvo unos segundos.

—Pero el día de la noche oscura... pasó algo más.

—No fue solo una señal. Dejamos de escuchar a las ciudades del otro lado del océano... La comunicación se perdió ese mismo día.

Fue entonces cuando la princesa le preguntó algo y Max contestó:

—Sí... me encantaría ser tu emisario.

Max no describe la conversación ni las condiciones.

No obstante, a partir de ese punto, sus notas cambian de naturaleza.

Dejan de ser simples registros y pasan a responder a un propósito.

Da a entender también que la princesa disponía de recursos suficientes.

En varias anotaciones deja entrever la existencia de oro, sin aparente limitación, sin explicar su origen.

Los viajes, las estancias, los desplazamientos entre ciudades... todo quedaba cubierto.

Durante casi una década, Max se desplazó entre ciudades: Chicago (Chilaga), Washington, New York, Boston... y otras menos importantes del este y del interior.

Repetía varios trayectos al año... y volvía siempre a Saint Louis.

Al principio anotaba los datos de cada ciudad por separado, pero pronto dejó de hacerlo, y las notas empezaron a mezclarse.



No se trataba de describir lugares, sino de registrar lo que estaba ocurriendo en su conjunto.

No observaba los edificios como estructuras separadas... sino distintos estados de funcionamiento dentro de un mismo sistema.

La simetría se repetía en todas las ciudades: ejes centrales, proporciones similares... edificios que parecían replicarse una y otra vez.

Las estructuras seguían ahí, pero ahora lo relevante era su funcionamiento.

En algunas ciudades aún había actividad, limitada, localizada.

Ciertas partes seguían respondiendo. Pero en otras, el sistema había dejado de funcionar por completo.

Anotó en una ocasión: "Parecen ciudades esperando instrucciones."

Los vehículos guiados por algo invisible aparecían cada vez menos. Los globos, cuando aún estaban operativos, apenas se elevaban y, cuando lo hacían, recorrían distancias muy cortas.

La pérdida de capacidad no era repentina... era progresiva y constante.

También registró el movimiento bajo la superficie. Trayectos subterráneos. Solo seguían activos en algunas ciudades... con recorridos limitados a varias veces al día.

En general, muy pocas estructuras permanecían activas.

Una de ellas era la estatua situada en la entrada del puerto de New York —a la que llamaban La Vigía—. Emitía una luz constante y potente.

Max quedó impresionado y escribió: Mientras el resto de la ciudad estaba apagado... ella seguía iluminando la esperanza.



A veces se reunía con operarios. No gobernaban. Solo intentaban mantener activos algunos elementos del sistema.

Todos coincidían en que era un fallo del sistema en su conjunto.

El agua había dejado de fluir... tanto en los canales como en las redes subterráneas. El sistema acuático ya no funcionaba en ninguna ciudad.

Las campanas, sin embargo, seguían sonando. Era lo único que permanecía activo en todas las ciudades. Pero no era suficiente para sostener la vida.

En las ciudades más pequeñas todavía había menos actividad... Más silencio. Quedaban partes activas... pero cada vez menos.

La misión de Max era anotar todo lo que veía para después informar a la princesa del estado de los sistemas.



A partir de 1815, hubo un cambio brusco.

Dejó de registrar estructuras y empezó a registrar condiciones climáticas.

“La luz empezó a ser distinta, más tenue, más opaca.”

En 1816 escribe: “No hubo verano este año.” Un sol rojizo que no calentaba salía cada mañana. Iluminaba, pero no sostenía la vida.

La gente plantó en primavera, como siempre. Pero el frío llegó en junio... y regresó en julio. No hubo verano... no hubo cosecha.

Al año siguiente igual, en algunos sitios peor. Todo apuntaba a que estaba ocurriendo lo mismo en el hemisferio norte, y al mismo tiempo.

Se repetía en todos los relatos. Personas que llegaban en barco desde otros continentes decían lo mismo.

Describían el mismo cielo: un sol apagado, una luz sin calor, cosechas que fallaban una y otra vez.

Algo invisible estaba ocurriendo en todas partes y nadie sabía qué estaba pasando. Y, sobre todo, nadie sabía si aquello era algo temporal o definitivo.

Cuando las cosechas empezaron a fallar, no solo no había alimentos... se resquebrajó el orden silencioso que sostenía la vida cotidiana.

Las estaciones dejaron de responder y empezó la lluvia, persistente, densa, interminable... caía como un diluvio.

El suelo no podía absorber tanta agua y el barro avanzaba como un río lento, cubriendo calles, sellando entradas. Los trayectos se alargaban, los caminos desaparecían.

En algunas ciudades, el sistema no falló progresivamente; simplemente dejó de responder totalmente.

Max escribió: “No es un fallo de la red. Es un apagado.”

Cuando regresó a Saint Louis, la ciudad ya no era la misma.

El barro lo cubría todo, fresco, sin asentarse. Puertas medio enterradas, ventanas al nivel del suelo.

El lodo había inundado los sótanos y paralizado por completo todos los sistemas.

La gente había desaparecido. Apenas quedaba movimiento. La ciudad estaba en silencio.

Buscó a la princesa. Esta vez, ella lo estaba esperando. Max le habló de las lluvias y de las ciudades cubiertas.

Ella escuchó y dijo: —Intuyo que no está sucediendo solo en este continente. Puede estar ocurriendo en todo el mundo.

Parecía no hablar solo de las ciudades, sino de algo más.

Durante los años siguientes, las ciudades se vaciaron por completo.

Cuando dejaron de funcionar todos los sistemas, la gente empezó a marcharse. Quienes se quedaron no duraron mucho... el hambre y las enfermedades terminaron con quienes intentaron mantener vivas las ciudades.

Escribió una nota: “Cuando los sistemas dejaron de funcionar... la ciudad dejó de sostener la vida.”

CAPÍTULO 5

Frisland: La Isla Del Atlántico Norte

Fue en New York donde Max escuchó ese nombre. No apareció en un mapa o en un documento. Solo lo escuchó.

Marineros que llegaban por el Atlántico, hombres que no hablaban entre ellos y, sin embargo, repetían lo mismo: Frisland.

Decían que la isla ya no estaba, que había desaparecido.



Max no lo anotó como algo importante. No entonces. No obstante, al regresar a Saint Louis, se lo mencionó a la princesa.

Por primera vez desde que la conocía, cerró los ojos y guardó un silencio prolongado... Como si no estuviera recordando, sino confirmando algo que ya intuía.

El sistema estaba enfermo, y una parte del problema empezaba a hacerse visible. La princesa habló sin mirarle: —No es solo una isla. Es el nodo del Atlántico.

Max pensó en las torres. En cómo aparecían siempre en el centro de las ciudades... en cómo parecían colocadas siguiendo una lógica precisa.

—¿Entonces las ciudades también son nodos?

La princesa negó ligeramente.

—Las torres no conectaban con otras ciudades... captaban y estabilizaban lo que llegaba. Hizo una breve pausa.

—Son los arcos los que funcionan como ejes.

Son estructuras de cuatro puertas que están orientadas en cuatro direcciones distintas... Conectan con ciudades a miles de kilómetros.

Saint Louis, Chilaga y otras de este lado del océano con París, Londres, Milán... San Petersburgo... a través de Frisland. —Todo estaba trazado... como una sola estructura.

Max bajó la mirada un instante.

—Cuando un nodo principal como Frisland deja de estar activo... el sistema se descompensa.

—Las torres se mantenían conectadas dentro de cada ciudad.

Pero entre ciudades, eran los arcos.

—¿Frisland era un nodo principal? —preguntó Max.

Ella asintió. —Es el nodo que conecta los dos continentes.

Comencé a buscar. Mapas antiguos, cuadernos de marinos, relatos de viaje, archivos olvidados... No encontré una prueba definitiva... Sin embargo, algo empezaba a repetirse.

Frisland no aparecía solo una vez o dos. Aparecía en mapas durante generaciones... Con costas, con bahías, con ciudades. Y después... desaparecía.

Durante mucho tiempo había sido poco más que una anomalía: un detalle extraño en los mapas, una isla repetida durante siglos y luego omitida... Nada más.

No obstante, a medida que avanzaba en los cuadernos de Max, el nombre empezó a cambiar de peso... Ya no parecía un error cartográfico.

Extendí varios mapas sobre la mesa y añadí sobre ellos todas las ciudades de los cuadernos: Saint Louis, Chicago, New York, Boston...

Prolongué esas líneas con otras ciudades importantes de Europa — París, Madrid, Moscú...

Todo apuntaba a que Frisland ocupaba una posición central, un punto esencial en medio del océano Atlántico.

CAPÍTULO 6

Las Comunidades

Durante los años siguientes, las ciudades se quedaron vacías. No quedaron habitantes ni sistemas activos. Solo estructuras.

Durante mucho un tiempo no hubo nadie. Las ciudades no estaban habitadas. Estaban detenidas.

Al principio, algunos intentaron resistir, permanecer y adaptarse. Pero no fue posible. Sin el sistema, la ciudad no sostenía la vida.

La gente terminó de irse, no hacia otras ciudades, sino hacia el campo: zonas rurales con tierras aún fértiles, lugares donde el suelo todavía se podía cultivar.

Se formaron pequeñas comunidades, dispersas, sin conexión entre ellas. La princesa y Max se fueron a vivir a varios días de viaje desde Saint Louis.

Ella hablaba poco, pero cuando lo hacía, Max escuchaba con total atención, y se olvidaba de escribir. Tan solo unas breves notas.

Le hablaba de las ciudades no como un conjunto de edificios, sino como organismos.

Le explicaba con detalle toda la arquitectura de los sistemas, cómo respondían a campos y a corrientes, cómo integraban las vibraciones sonoras con las corrientes invisibles. Ninguna estructura generaba energía. Todas la canalizaban.

Max no siempre entendía, pero escuchaba.

La princesa le habló de muchos temas relacionados con el equilibrio vital. El sistema no era solo técnico, era natural. No estaba separado de la Tierra, sino que formaba parte de ella.

En una ocasión, Max se interesó por la apariencia juvenil de la princesa, a pesar de los años que decía tener.



Dejamos atrás una forma de vida...
Pero el corazón seguía allí.

— AngelPrimal.com/tartaria/el-baul-de-tartaria —

Ella decía que la energía vital atraviesa todas las formas de vida. Le habló del agua, de la respiración, del flujo de la energía y de ciertos alimentos que prolongaban la vida. Alimentos que no solo nutrían el cuerpo, sino que también lo desintoxicaban y depuraban. Max menciona que cambió radicalmente su manera de alimentarse.

Durante esos años en la comunidad, reprodujeron algunos de los sistemas de la ciudad, aunque de forma muy rudimentaria.

Un día la princesa le habló de algo que no esperaba.

—No es la primera vez. Guardó silencio unos segundos, como si estuviera escuchando algo más antiguo que las palabras.

—Estos ciclos de creación y destrucción ya han ocurrido antes.

—El mundo no se rompe... se reajusta.

Hizo una breve pausa.

—Lo que es conocido como la Atlántida no es un mito.

Fue un ciclo. Como otros antes... y otros después.

Levantó la mirada hacia el horizonte.

—Hay tiempos en los que el agua reclama lo que ya no está en equilibrio... tierras que desaparecen... costas que cambian... pueblos enteros que dejan de existir sin dejar rastro.

—El diluvio de Noé, el Deucalión, las crecidas del Gran Río en oriente o el diluvio de Manu... —dijo sin énfasis— fueron ajustes.

Max no había oído nunca nada de eso y su gesto parecía preguntar.

Ella le dijo: —Ajustes de todo lo que dejaba de sostenerse.



Volvió a mirar las estructuras y continuó. —Cuando el equilibrio se pierde, el planeta responde. Se autorregula y corrige. Y, en ese proceso, no puede evitar arrasar lo que necesita regenerar.

Hizo una breve pausa.

—Así es como se mueven las fuerzas de la creación en este planeta.

Transcurrió mucho tiempo antes de que pensarán en regresar a la ciudad. No tenía sentido. Saint Louis no era una ciudad para vivir.

Con los años, el clima comenzó a estabilizarse. Las lluvias cesaron gradualmente, el barro empezó a secarse y las rutas, poco a poco, volvieron a ser transitables.

Cuando finalmente decidieron regresar a Saint Louis, la ciudad ya no estaba desierta. Había presencia humana. No solo la ocupaban. Parecían reclamarla. Decían haberla descubierto, como si siempre hubiera estado inhabitada.

Max entendió que no había sido solo un colapso. Era una transición. Y que, en algún punto de ese proceso, alguien se había adelantado.

CAPÍTULO 7

La Usurpación

La ciudad seguía ahí, medio enterrada, pero ya no estaba vacía.

Max llevaba años sin acercarse y, cuando volvió, había gente nueva. No de paso. No observando... ya instalada.

Algunas estructuras habían sido despejadas. No completamente... pero lo suficiente como para habitarlas.

Puertas liberadas del barro, calles parcialmente transitables.

No estaban construyendo nada nuevo. Estaban limpiando y ocupando.

Durante más de dos décadas, nadie había regresado.

Los ríos de barro y las lluvias persistentes lo habían hecho imposible. Sin embargo, alguien llevaba allí meses.

—La encontramos así —dijo uno de los hombres.

No hablaba como un visitante. Ni como alguien que duda. Hablaba como quien reclama propiedad.

—Abandonada. No había nadie. Max no respondió.

En varias zonas de la ciudad había grupos organizados trabajando, retirando capas de barro y abriendo accesos. La actividad era constante.

En algunos puntos utilizaban maquinaria que no había visto antes. Pesadas, ruidosas, diseñadas para abrir paso.

A veces no distinguían entre obstáculo y estructura, y dañaban partes del edificio o arrancaban elementos del sistema sin saberlo.

En el centro de la ciudad, los edificios principales estaban reservados.

No por quienes trabajaban, sino por quienes decidían.

Hombres que no limpiaban ni excavaban, solo organizaban.

—Gobierno —dijo uno, como si esa palabra explicara el resto.



Los edificios aún no estaban completamente desenterrados, pero ya existía algún tipo de jerarquía con intención de permanencia.

No habían conquistado la ciudad. Había sido “descubierta” y eso era suficiente.

Nadie parecía interesado en conocer el origen de aquellos edificios.

Habían tomado posesión oficial y solo se preocupaban de desenterrar, ocupar y permanecer.

En las zonas periféricas, algunos antiguos habitantes habían comenzado a regresar. Se les permitía ocupar edificaciones menores, espacios aún no asignados, estructuras que habían quedado al margen del nuevo orden... pero bajo una condición inequívoca:

—No toquéis lo que ya está asignado.

Nadie discutía esa norma. No porque estuvieran de acuerdo, sino porque había hombres armados. No hablaban ni negociaban. Solo estaban allí y no atendían a razones.



Los nuevos ocupantes no cuestionaban nada. Llevaban meses allí, trabajando, desenterrando, organizándose.

Para ellos, eso era suficiente... estaban construyendo su futuro.

No veían una ciudad heredada... veían un territorio disponible. Y lo estaban convirtiendo en algo que podían manejar, aunque para hacerlo tuvieran que derribar partes que no comprendían.

Max caminó por una de las avenidas principales. Reconocía cada esquina. La ciudad estaba siendo reinterpretada y adaptada a una nueva forma de funcionar.

Algunas torres seguían en pie, pero no formaban una red. Otras habían sido demolidas. El arco, en cambio, permanecía ahí, como un símbolo.

Se detuvo frente a una torre. Nadie trabajaba allí. No sabían qué hacer con ella... y por eso aún seguía intacta. Esa noche escribió: "No han llegado para reactivarla. Han llegado para convertirla en otra cosa."

No se trataba solo de ocupar la ciudad, sino de integrarla en un nuevo modelo de gestión, uno en el que ya no se conserva lo anterior.

Se redefinían las estructuras, sustituyendo su función. Y, en ese proceso silencioso, la ciudad dejaba de ser lo que había sido.

CAPÍTULO 8

El Regreso Imposible

Durante los meses siguientes, la armonía del asentamiento cambió. No por lo que ocurría en la ciudad, sino por lo que empezaba a ocurrir entre la gente. Al principio eran conversaciones aisladas, grupos pequeños, comentarios que no terminaban de formularse, pero pronto dejó de serlo.

Había dos formas de mirar lo que estaba pasando: los que querían volver y los que no.

—No debemos quedarnos aquí —decían algunos—, es hora de regresar a nuestra ciudad.

—Ya no es lo mismo —otros negaban.

La discusión no era sobre la ciudad. Era sobre lo que significaba volver.

—Volver era adaptarse y someterse.

Max observaba. No intervenía. Solo escuchaba. Cada argumento, cada duda. Algunos empezaron a prepararse, a organizarse para volver y recuperar lo que era suyo. La nostalgia pesaba más que la razón.

Max sabía que no era tan sencillo. La princesa también lo sabía. No participaba en las discusiones, no intentaba convencer a nadie. Solo observaba... Como si reconociera ese momento. Como si ya hubiera ocurrido.

Max se acercó a ella una tarde. —¿Deberíamos volver?

Ella no respondió de inmediato. —Podemos hacerlo —dijo al fin—, pero no volveríamos a lo mismo.

Max sostuvo su mirada. —¿Por qué?

—Porque el mundo está cambiando. No añadió nada más.

Una noche, la tensión alcanzó su límite y la discusión estalló.

—Si esperamos más —dijo uno—, se van a quedar con la ciudad.

—Ya la tienen —respondió otro—, han llegado cuando no había nadie y no se quieren ir.

—Eso no les da derecho —dijo alguien.

—No... pero tienen armas y herramientas que no tenemos.

Max decidió intervenir.

—No se trata de quién tiene la razón.

Todos se giraron hacia él.

—Se trata de quién puede imponerla.

Nadie respondió. No era una cuestión de propiedad. Era un problema de capacidad. Y entonces alguien dijo lo que nadie quería decir en voz alta: —Entonces habrá que volver de otra forma.

Nadie preguntó cómo... Todos lo entendían.

Esa noche el asentamiento cambió... no de forma visible, sino en silencio. No había bandos definidos, pero sí una línea clara en la intención: quienes querían recuperar la ciudad y quienes empezaban a comprender que volver podía implicar perder algo más que la ciudad.

Días después, sin aviso previo, se reunieron cientos. Empezaron a organizar la marcha, el regreso.

Max lo percibió antes de que ocurriera. Aquello no era un regreso sin consecuencias. Habría enfrentamientos y quizá algo más.

Tiempo atrás, la princesa le había entregado un baúl. En él había ido guardando sus cuadernos y otros objetos que ella le había regalado.

Esa misma noche decidió llevar el baúl fuera del asentamiento. Lo escondió en una cueva cercana.

A la mañana siguiente, muy temprano, un grupo reducido comenzó a caminar hacia Saint Louis.

La princesa iba con ellos... no delante, no guiando... solo acompañando. No iba a impedirlo. Quería estar presente.

Max la miró. —¿Sabes lo que va a pasar? Ella tardó en responder.

—No exactamente... —dijo—. Pero sí cómo termina.

Cuando llegaron a la ciudad, se dirigieron al centro. Había hombres armados. No impedían el paso... Solo observaban... y controlaban.

El grupo avanzó hasta una de las plazas principales.

—Acampamos aquí —dijo alguien.

No era una toma. Era presencia... ocupar... recordar.



Durante unas horas no ocurrió nada. Los nuevos habitantes continuaban con sus actividades... y los miraban. A media tarde empezaron a rodearlos lentamente. Grupos armados.

—Tenéis que iros fuera de la ciudad.

La princesa no se movió. No parecía sorprendida. Max la miró. Ella asintió. —Aquí empieza.

—No nos vamos —respondieron algunos.

Entonces empezaron las detenciones. Sin violencia, uno a uno. Los fueron separando. Ni Max ni la princesa se resistieron. Los mantuvieron retenidos un día. Sin explicaciones, sin preguntas... solo control. Al día siguiente, los soltaron.

Regresaron al asentamiento. Y durante días debatieron. Las opciones. El siguiente paso. Al final, tomaron una decisión: volverían, pero esta vez no solo como un gesto.

La segunda vez no fueron solo cientos... fueron muchos más. Llegaron también desde otros asentamientos.

Durante unas horas no ocurrió nada, pero poco después empezaron las detenciones. Miles fueron retenidos.

Esta vez no fue solo un día. Max no volvió a ver a la princesa.



Durante las detenciones empezaron a separar a los niños. Los gritos de las madres no cambiaban nada. Se los llevaban igual.

Poco después empezaron los traslados, a destinos que nadie explicaba.

Una palabra empezó a circular: Hospitales. No eran hospitales para curar. Eran espacios para contener... y corregir.

La mayoría nunca volvió. Algunos sí... pero ya no eran los mismos.

CAPÍTULO 9

Los Hospitales

Max perdió la noción del tiempo poco después del traslado. No había ventanas ni referencias externas, solo una sucesión de momentos imposibles de ordenar. El edificio no era nuevo. Había visto antes esos edificios en otras ciudades, pero ahora su uso era distinto.



Lo llamaban el hospital.

Los separaron al llegar: hombres por un lado, mujeres por otro, los niños en otro lugar.

“No volvieron a verlos. Nunca supieron a dónde los llevaron.”

Le asignaron una sala amplia, limpia, sin signos visibles de actividad médica. Todo estaba en orden. Demasiado orden. No había instrumentos médicos reconocibles. Solo distribución, tiempos, recorridos y mucho control.

Durante las primeras noches, Max no logró dormir. No por el silencio, sino por lo que lo atravesaba. Desde otros pabellones, a horas imposibles de precisar, se oían voces.



No eran conversaciones. Eran gritos. Aislados y lejanos. Se repetían durante horas. Siempre lo mismo: —¡Quiero ver a mis hijos! ¡Decíme dónde están! ¡Por favor!

Voces de mujeres. Gritos desgarradores. Nadie respondía. Nadie acudía. Con el tiempo, dejaron de gritar. No porque las hubieran escuchado. Alguien comentó, en voz baja, que hacían lo mismo con todos los que gritaban: medicación. Hasta que dejaban de hacerlo y volvía el silencio. No un silencio natural. Un silencio impuesto, sostenido, como si también formara parte de aquel lugar.

Max empezó a notar el ritmo. Las puertas se abrían siempre a la misma hora. Sin apenas ruido. La comida llegaba, se retiraba y después sucedía algo. Los cuerpos se volvían lentos y pesados. Las conversaciones se acortaban. Las miradas perdían profundidad. No era un tratamiento visible, pero el cambio era evidente.

Max no estaba solo. Había otros. Personas que habían intentado reclamar lo que consideraban suyo.

Todos repetían lo mismo: —Solo reclamábamos lo que era nuestro.

Meses después, conseguí acceder a registros oficiales de hospitales de aquella época. No eran de los primeros años. Eran posteriores. Cuando las ciudades ya habían sido ocupadas y el nuevo sistema empezaba a organizar lo que debía permanecer.

Los registros no eran extensos, pero eran consistentes: melancolía, manía aguda, confusión del pensamiento, amnesia. En muchos casos, sin antecedentes, sin historia previa. Solo un número. Y un diagnóstico.

Una palabra aparecía una y otra vez: nostalgia. No como recuerdo, sino como problema. “Excesivo apego al pasado.”

Lo entendí al cerrar el archivo. No describían una enfermedad.

Describían una incompatibilidad. No entre la persona y la realidad, sino entre la persona y el relato permitido.

Y cuando alguien no se adaptaba, era corregido hasta que dejaba de recordar por qué no se adaptaba.

Fue en uno de esos registros donde la encontré. Tenía que ser ella. No había nombre, solo un número sin origen, sin historia previa. Solo una descripción breve: mujer de edad avanzada, aproximadamente setenta y cinco años que afirma tener más de cien.

En la sección de observaciones se acumulaban anotaciones de días distintos, fragmentos recogidos sin orden: “Dice que la ciudad no está apagada... solo ha dejado de responder.” “Insiste en que antes todo estaba conectado.” “Habla de una red de ciudades.”

El documento no estaba marcado como relevante. Era uno más entre muchos. Sabía que no estaba confusa ni loca. Detrás de esas frases no había desorden. Había recuerdos y pérdida. Una pérdida que no podía explicarse con ningún diagnóstico.

Entonces sentí algo cercano a una forma de alegría.

Porque, a pesar del aislamiento y la medicación, no habían conseguido corregirla. Seguía sosteniendo la verdad de lo que sabía, aunque eso significara vivir en un lugar donde no podía compartirla.

La palabra corregir no se pronunciaba. No hacía falta.

Los hospitales no eran lugares de cura. Eran espacios diseñados para interceptar aquello que no podía integrarse. Lugares donde ciertas memorias eran neutralizadas antes de que pudieran estabilizarse.

No se trataba solo de encerrar cuerpos. Se trataba de aislar relatos. No se trataba de comprender lo que recordaban, sino de impedir que esos recuerdos circularan.

El lenguaje no describía un tratamiento, sino la forma de contener. La prioridad no era estabilizar a la persona, sino limitar su impacto. Evitar que otros accedieran a su relato.

Riesgo potencial: “Capacidad de desestabilizar a otros pacientes.”

El peligro no era la agitación ni la violencia. Era que demasiadas memorias empezaran a coincidir. Que lo que había sido tratado como desajuste individual dejara de parecerlo.

No estaban extrayendo información. La estaban introduciendo lentamente. Sustituyéndola constantemente.

Durante toda su estancia, Max no pudo escribir nada.

Fue durante ese periodo cuando apareció Alesandra.

No era una paciente. Era parte del sistema.

Había nacido en un mundo que ya no recordaba el anterior. No obstante, había empezado a intuir que algo no estaba en su sitio.

Las experiencias de Max durante esos años quedaron registradas en los manuscritos de Alesandra.

Era una chica joven que se movía con discreción, observando más de lo que intervenía. No hacía preguntas directas. No corregía. Solo escuchaba.

Al principio, Max no decía nada. Sabía dónde estaba. Sabía lo que ocurría con las palabras en ese lugar.

Pero Alesandra era diferente, y eso era suficiente.

Una tarde le dijo en voz baja: —Tú no estás respondiendo.

Max sostuvo su mirada. —No tengo nada que decir.

—No es lo que quieren oír —dijo ella.

A partir de entonces, volvió a verlo con frecuencia. Nunca demasiado tiempo. Sin llamar la atención.

Max hablaba poco. Frases sueltas. Recuerdos fragmentados.

Alesandra no lo interrumpía. Escuchaba. Y después, fuera de allí, anotaba lo que recordaba de la conversación.

Así se conservó parte de lo que decía Max durante ese periodo. No como un diario continuo, sino como fragmentos recogidos por Alesandra a partir de lo que él lograba transmitir.

Ella anotaba: “Ya nadie describe lo que han conocido. Repiten lo que ahora deben responder.”

Con el paso de los meses, el cambio en el hospital se hizo visible. No solo en los cuerpos. En el lenguaje. Dejaron de hablar de torres y empezaron a hablar de edificios. Ya no hablaban de redes, sino de ciudades. Ya no describían funcionamiento.

Solo repetían una misma historia, ordenada y aceptable. Una versión que podía sostenerse. Para evitar la medicación.

Alesandra anotó la frase de Max: “Están reorganizando lo que recordamos para implantar qué debe ser considerado verdadero.”

A quienes no se adaptaban, les aumentaban la medicación, poco a poco, hasta que dejaban de resistirse. En algunos casos, los llevaban a la sala de la máquina. Nadie volvía igual. No podían encadenar dos palabras. Algunos se quedaban sin voz.

Miraban... pero ya no había nadie detrás.

CAPÍTULO 10

Chilaga — El Reinicio

Alesandra no esperaba volver a verlo. Solo había tenido contacto con Max durante unos meses, antes de que la trasladaran a otro hospital, y desde entonces habían pasado años.

Cuando llegó a Chicago —la antigua Chilaga— encontró una ciudad en movimiento. Calles estaban llenas de gente, actividad constante, reorganización continua.

Hacía poco que la habían destinado allí, sin embargo ya había aprendido lo esencial: moverse sin llamar la atención, observar sin intervenir, permanecer en el sistema sin destacar.

Lo vio por casualidad, en una de las calles más transitadas, bajo un puente, junto a otros vagabundos.

Al principio no lo reconoció. Era un hombre muy anciano, envejecido, con el cuerpo vencido y la voz rota. Hablaba solo y otros se reían.

—Las ciudades no funcionan —decía—, ya no responden.

Algo en su voz la detuvo. No fueron solo las palabras, sino el tono. Se acercó y lo escuchó. —Las torres ya no están conectadas.

Entonces lo supo. —Max... ¿Eres tú? Él levantó la mirada. Tardó unos segundos en reaccionar. Como si despertara de un largo sueño.

Cuando la reconoció, sus ojos se iluminaron y, por un instante, el ruido de la calle pareció desaparecer.

—¿Dónde has estado? —murmuró conmovido— Sigue ahí.

Max levantó la mano con dificultad. No señalaba un punto exacto, sino una dirección. Alesandra se inclinó. —¿Qué cosa?

Max tardó en responder, como si las palabras ya no le obedecieran. — Está en una cueva. Hubo un silencio breve.

—Cerca del asentamiento. Otro silencio y dijo: —El baúl.

Sacó entonces un papel arrugado con un dibujo, algo parecido a un mapa, y se lo entregó. Alesandra lo tomó sin decir nada. Max levantó la mirada. —El mundo tiene que recordar.

Después volvió a perderse en sí mismo. Algo en él se retiró de nuevo. Volvió a hablar solo. Ya no estaba presente.

Durante unos minutos, Alesandra no se movió. No le preocupaba solo el estado de Max, sino lo que implicaban sus palabras. Aceptar aquello no era solo escuchar, era asumir la responsabilidad de una continuidad.

Días más tarde empezó el fuego. No surgió en un solo lugar. Apareció en varios puntos, al mismo tiempo, y se extendió con una rapidez imposible de contener. Toda la ciudad quedó envuelta en llamas, bajo una misma explicación. La ciudad ardía y el relato ya estaba preparado: un accidente provocado por la sequía de los últimos años.



Días después, Alesandra preguntó por Max. Nadie sabía nada. Nadie lo buscaba. Nadie había registrado su muerte.

Se convirtió en otra víctima anónima de un incendio que nadie supo explicar.

Durante las noches siguientes se hizo difícil dormir.

No podía cambiar el pasado, pero tampoco podía seguir actuando como si no hubiera ocurrido nada... La sensación de que tenía que hacer algo no desaparecía.

Sabía que no era su historia. Sin embargo, algo la empujaba a posicionarse dentro de ella.

Hasta ese momento, había escuchado y observado.

Ahora ya no era suficiente.

Sintió que era su turno, y que ese compromiso no era solo con Max.

Era consigo misma.

Encontrar el baúl para mantener la memoria viva.

San Francisco aparecía en los cuadernos de Max como un lugar al que nunca llegó.

Ese recorrido, ahora le correspondía a ella.

CAPÍTULO 11

El Escaparate Del Sistema

Alesandra encontró el baúl semanas después de ver a Max por última vez. La cueva estaba a dos días de camino desde Chicago. Reconoció el emblema de inmediato... las dos cabezas de las que Max le había hablado. Dentro estaban los cuadernos, las fotografías, los objetos. Todo lo que él había mencionado.

Durante días volvió una y otra vez a leer los cuadernos. Al principio no lo comprendía todo, pero reconocía lo suficiente: ciudades, torres, sistema.

Todo lo que había escuchado en el hospital... estaba allí.

En uno de los cuadernos encontró algo distinto. No era una anotación habitual... Era un diálogo entre Max y la princesa.

—No es el final —decía ella—, es una transición... pero no todas las transiciones son visibles... algunas empiezan mucho antes de que ocurra nada.

—¿Hacia dónde? —preguntó Max.

—Hacia el control... no un control directo... un control que no necesita ocupar... porque redefine cómo funciona todo.

Hubo una pausa breve.

—Cuando el sistema deja de sostenerse, no lo reconstruyen... lo sustituyen. No reemplazan solo las estructuras, reemplazan la energía que las mantiene.

—¿Quién?... —Los que llegan después... no llegan como conquistadores... llegan cuando todo ya está debilitado.

—No reconstruirán las ciudades —continuó— las utilizarán... y después harán desaparecer lo que no encaja.

—Habrá incendios... y guerras sincronizadas. No empiezan por sí solas... se activan cuando el sistema ya ha cambiado por dentro.



Max se mantenía en silencio.

—Cambiarán los nombres... y las fechas...

— Los nuevos académicos decidirán qué puede ser considerado verdad...

—Las nuevas coronas necesitarán un origen limpio...

—Las instituciones religiosas no van a permitir una memoria fuera de su control...

—Los que escriben la historia no aceptarán lo que no pueda integrarse dentro de su relato...

El tono de su voz no cambiaba.

—Y el nuevo sistema financiero necesitará un mundo que dependa de ellos... de sus recursos... de su energía... de su movimiento.

Algo muy diferente a lo que estaba antes.

Hubo un silencio.

—No necesitan ponerse de acuerdo... no hace falta... todos avanzan en la misma dirección.

—No destruyen el mundo... sustituyen las condiciones en las que puede existir el nuevo...

—Primero el valor... después el territorio... y al final... la memoria.

Dejé de leer un momento. El ruido de la ciudad seguía ahí, pero ya no lo escuchaba igual.

Volví al cuaderno. Las páginas avanzaban. Los años también.

Un nombre apareció de nuevo: Chilaga. Como si aquello ya hubiera ocurrido antes de que alguien decidiera explicarlo.

Lo que había sucedido días atrás no era un hecho aislado.

Era una repetición.

Recordé el fuego... El humo... Las calles ardiendo en varios puntos a la vez... No había empezado en un solo lugar y se había extendido demasiado rápido. Todos repetían lo mismo: un accidente.

Alesandra sabía que no lo era. Chicago no había sido el principio. Había sido solo el primero que ella vio.

Volvió a mirar la página. No había leído el futuro. Había descubierto el proceso del cambio hacia un nuevo sistema.

Después vinieron más incendios en otras ciudades. El mismo patrón: Destrucción... Reorganización... Y después... Construcción. No construcción real, sino reconstrucción sobre algo que ya existía.

En distintos puntos del mundo aparecen ciudades —o fragmentos de ellas— con una escala monumental difícil de explicar dentro de los plazos de construcción que se les atribuyen.

Edificios de proporciones clásicas con cúpulas, columnas y ejes perfectamente alineados. Infraestructuras completas. Todo ello levantado, según la versión oficial, en apenas unos años. No era un único caso... Se repetía.

Complejos urbanos enteros presentados como logros modernos, contruidos en dos o tres años. Y demolidos después —de forma parcial o total— mediante procesos que implicaban un nivel de esfuerzo, coste y complejidad difícil de conciliar con la idea de estructuras temporales.

El desfase resultaba difícil de ignorar. Porque la pregunta no es cuánto tiempo se tarda en construir algo así.

La pregunta es otra: ¿por qué algo que supuestamente se levanta con rapidez requiere tanto tiempo y esfuerzo para ser derribado?

La historia lo explica como progreso... exhibiciones... ensayos arquitectónicos... ciudades efímeras... pero al observar los registros con atención, la sensación cambia por completo.

Durante mucho tiempo la explicación oficial bastó.

Hasta que todo empieza a encajar. Años separados por décadas repetían el mismo tipo de anomalía: conflictos en distintas regiones, incendios en ciudades clave, reconstrucciones masivas en periodos casi simultáneos.

Eran demasiadas coincidencias para ser independientes. Dejaron de parecer eventos aislados.

No solo en el tiempo, también en el espacio.

Ciudades separadas por miles de kilómetros empezaban a mostrar los mismos patrones: las mismas estructuras, las mismas proporciones, los mismos procesos de destrucción y reconstrucción.

Ya no parecían desarrollos independientes. Parecían respuestas. Como si distintos puntos del mundo hubieran sido ajustados al mismo tiempo, siguiendo un mismo calendario invisible.

No era evolución... Era una secuencia más precisa.

Aparición... seguida de limpieza... después reconstrucción... Y finalmente la eliminación de lo que no encajaba en el nuevo orden.

Por un instante, sentí una lucidez extraña. Y creí haber entendido el patrón. Todo encajaba. Demasiado bien.

Pero al volver sobre las notas, ya no estaba tan seguro. Quizá no estaba descubriendo nada. Quizá solo estaba reorganizando lo que quería ver. En cualquier caso, todo era demasiado inquietante.

Volví al baúl, a las fotografías, a los planos.

No parecía que estuvieran creando algo nuevo. Parecía que estaban desenterrando y reorganizando, pero sin la red, sin el funcionamiento. Solo manteniendo la forma para poder mostrar el escaparate.

Las ciudades volvían a llenarse, pero ya no eran las mismas. Eran versiones adaptadas, controladas, explicadas.

Recordé el hospital. El aislamiento, la repetición, las respuestas impuestas. Comprendí que no eran procesos separados. Era el mismo proceso.

Primero el colapso... Después el vacío... Luego la ocupación... Y después la exhibición.

Una nueva historia construida sobre la anterior, pero sin mencionarla. Como si nunca hubiera existido.

Volví a abrir un manuscrito de Alesandra.

En una de las páginas había escrito: “Lo mostrarán al mundo como si fueran los constructores... Y después lo harán desaparecer para evitar preguntas incómodas.”

CAPÍTULO 12

San Francisco: La Fiebre Del Oro

Alesandra ya no podía seguir allí. Durante años había sido parte del nuevo sistema, leyendo informes y archivando casos.

Con el tiempo comprendió que no estaban tratando de curar a nadie, sino corrigiendo desviaciones incompatibles. Si permanecía allí, terminaría corrigiéndose a sí misma.

Ese día no avisó. No dio explicaciones. Simplemente dejó su puesto y se alejó del edificio sin mirar atrás.

Fue en el verano de 1875. Habían pasado varios años, desde la muerte de Max en el incendio de Chicago, cuando decide viajar hacia el oeste.

Viajó primero hasta Omaha y desde allí tomó el tren hacia Sacramento. La línea ferroviaria era reciente. Atravesaba el territorio como una cicatriz.

El viaje no fue lineal. Varios tramos... trabajos temporales... alojamientos improvisados.

El movimiento de gente era constante. Un flujo constante de personas avanzando en la misma dirección. No parecían huir, pero tampoco saber exactamente a dónde iban.

Algunos viajaban en tren. Otros en carros. Otros caminaban.

Todos repetían lo mismo: —Oro.

Hablaban de oportunidad y de empezar de nuevo.

Alesandra no participaba en las conversaciones. Solo escuchaba y observaba.

No parecía un movimiento organizado. Aun así, todo avanzaba con una coordinación precisa, como si la gente respondiera a una llamada.

Nada indicaba que fuera un desplazamiento espontáneo provocado por la fiebre del oro.

En una parada, cerca ya de Sacramento, conoció a un trabajador del ferrocarril que hacía trabajos de mantenimiento. —Ahora solo hacemos mantenimiento —le dijo— Ya no desenterramos.

Alesandra no reaccionó.

—Cuando empezamos la obra hace años, las vías ya estaban ahí.

Hubo un silencio breve.

—Solo quitábamos tierra... metros y metros... limpiábamos túneles... abríamos entradas. No añadió nada más.

Sacramento fue solo una pausa. Una semana después descendió hacia San Francisco.

Cuando finalmente vio la bahía, respiró de alivio, pero sobre todo sintió reconocimiento. Como si no estuviera llegando a un lugar nuevo, sino conociendo a la ciudad hermana de Chicago.



En las afueras todo parecía muy improvisado: cabañas de madera y construcciones rápidas. Pero el centro era distinto y gran parte de los edificios habían sido despejados.

Aún había calles cubiertas por capas de tierra endurecida, pero otras habían sido limpiadas completamente.

Había máquinas, grandes y pesadas. Estaban siendo utilizadas para retirar tierra y liberar estructuras. A veces dañaban estructuras al hacerlo.

Caminó por una de las avenidas principales, amplia, con fachadas que repetían la misma arquitectura monumental que había en Chicago.

Se detuvo frente a un edificio. La entrada visible no era la original. Había sido abierta más arriba. La verdadera seguía enterrada.

Continuó avanzando hasta que la vio. La torre. Como las de Chicago. Como las de los cuadernos de Max.

En la ciudad había mucha gente trabajando y comerciando. Pero muy pocos hablaban de las minas. Apenas había actividad minera.

Y entonces lo entendió. El oro no era el motor real del crecimiento. Era la excusa. El mecanismo que había atraído a miles y miles de inmigrantes y colonos.

A los que excavaban. A los que limpiaban. A los nuevos ocupantes. A los que hacían que todo funcionara y pareciera nuevo.

Encontró trabajo con facilidad. No porque lo buscara, sino porque la ciudad necesitaba mucha mano de obra.

Su nueva empresa gestionaba obras públicas. Movimientos de tierra y refuerzos estructurales.

Su función consistía en registrar gastos, hacer seguimiento de tareas y archivar informes. Un trabajo rutinario y monótono que le permitía sobrevivir.

Al principio eran comentarios sueltos. Conversaciones a media voz. Bromas que se repetían. Frases incompletas.

—Depende de lo que encuentres abajo...

—Otra vez han parado la obra de la zona tres...

Alesandra no entendía, pero no preguntaba.

Su trabajo le daba acceso a informes, algunos incompletos, otros restringidos. Había frases que se repetían: “Instalación preexistente.” “Origen desconocido.”

Algunas órdenes eran canceladas justo cuando la obra alcanzaba cierta profundidad. Zonas que se rellenaban de nuevo casi inmediatamente.

Con el tiempo, Alesandra hizo amistad con uno de los técnicos. Una noche, lejos de las obras, habló más de lo debido.

—Hay cables y estructuras —dijo— que no había visto nunca. Hizo una pausa.

—Aparecen siempre a la misma profundidad. Túneles. Piezas metálicas. Como si alguien hubiera trazado una red y la hubieran enterrado.

Días después encontró una anotación repetida en varios documentos: “Configuración resonante.” Nadie en la empresa utilizaba ese término. Y en otros documentos “Validación completada.” Cada vez que aparecía esa frase, todo cambiaba. Algunas excavaciones se detenían. Zonas cerradas se abrían.

A veces, detenían las excavaciones y lo volvían a cubrir casi todo. Toneladas de sedimento sobre lo que habían desenterrado.

Desde algún lugar llegaban órdenes de ocultarlo de nuevo bajo tierra. Alguien decidía qué podía salir a la superficie y qué debía permanecer enterrado.

Entonces empezaron a aparecer los nombres.

Los mismos nombres estaban presentes, en conversaciones, en acuerdos. Hombres que no trabajaban, no excavaban, no transportaban. Solo aparecían en los momentos clave, cuando una zona cambiaba de estado, cuando algo se encontraba o cuando algo debía dejar de encontrarse.

No daban órdenes directas, sin embargo todo parecía organizarse a su alrededor.

No estaban en los documentos oficiales. Aparecían en conversaciones, en firmas indirectas, en sociedades recién creadas. Apellidos que no tenían historia. Hombres jóvenes o de mediana edad, sin trayectoria conocida, que en pocos años pasaban de gestionar pequeños contratos a controlar zonas enteras de la ciudad.

No construían nada. Solo acumulaban terrenos, concesiones y accesos.

Se reunían en edificios discretos, alejados del ruido de las obras. Lugares que no figuraban en los registros públicos.

No era solo una empresa. Ni una única familia. Era una red.

Alesandra entró en algunos de esos espacios. No como observadora, sino como parte del proceso. La contrataron para redactar algunos acuerdos. Antes de empezar, siempre tenía que firmar un documento de confidencialidad.

Fue testigo de varios de esos encuentros. Allí no se hablaba de construcción ni de oro. Se hablaba de asignación, de distribución, de control.

Las máquinas que trabajaban en los edificios del centro tenían un símbolo grabado. Una pieza metálica que nunca había visto antes.



Después le comentaron que esa organización controlaba los contratos de las obras en el centro.

Dejó el cuaderno a un lado. No porque hubiera terminado. Sino porque mi mente estaba ya saturada y no podía seguir ordenando nada más.

Sentía que todo empezaba a cuadrar... Las conexiones seguían apareciendo... aún así, no lograba todavía entenderlas todas.

No quería verlo como una conspiración. Era una sofisticada estructura en funcionamiento.

No estaban creando un sistema nuevo. Estaban organizando la transición. Primero como intermediarios. Después como gestores. Y finalmente como propietarios.



En todo el proceso se aseguraban sustanciosas comisiones y parte de la propiedad en forma de acciones o participaciones.

Conseguían abundantes subvenciones para levantar nuevas infraestructuras y edificios destinados al gobierno y la administración. Sin embargo, en muchos casos no partían de cero. Gran parte ya estaba ahí... solo había que desenterrarlo, adaptarlo y repararlo.

Esas subvenciones no solo financiaban obras. Alimentaban una red. Permitían a los nuevos magnates ampliar su capacidad de influencia, asegurar contratos y condicionar decisiones dentro del sistema político.

El ferrocarril fue el ejemplo más evidente. No se trataba únicamente de construir una línea que atravesara el territorio. En muchos tramos, las vías estaban ocultas bajo capas de tierra que solo había que retirar.

Pero el verdadero valor no residía en la línea en sí... sino en todo lo que la rodeaba. No era la vía... era lo que hacía posible. Millones de hectáreas a ambos lados del trazado ferroviario fueron concedidas a las compañías. Tierras que, de pronto, adquirirían un valor incalculable al quedar conectadas por el mismo ferrocarril que había sido subvencionado.

El ferrocarril no solo transportaba mercancías y personas. Definía el valor de los terrenos... y quién podía beneficiarse de ellos.

Para sostener ese control, mantenían conexiones directas con senadores y congresistas, y distribuían acciones entre figuras políticas para asegurar decisiones favorables. De ese modo, accedían a contratos estratégicos y gestionaban subsidios del gobierno federal con una eficacia difícil de cuestionar.

En el caso del ferrocarril, las concesiones de tierra fueron masivas. Entre 1865 y 1900, el gobierno federal cedió millones de hectáreas de suelo público a compañías ferroviarias: una extensión comparable al tamaño de Texas. La empresa más beneficiada, Northern Pacific Railroad, recibió más de 16 millones de hectáreas, una superficie mayor que todo el estado de Florida.

Como referencia para los lectores en Europa, Texas tiene una extensión mayor que toda España, y Florida es 20 veces la provincia de Madrid.

No eran simples concesiones. Eran la base sobre la que se estructuraría todo el poder y la riqueza posterior. Esa infraestructura no solo impulsó el crecimiento económico del país, sino que terminó definiendo quién podía existir y expandirse dentro del sistema.

Sobre esa red se consolidaron algunas de las mayores fortunas de la historia moderna. Familias como los Rockefeller, los Carnegie o los Morgan surgieron dentro de un sistema que había sido ya diseñado.

En 1904, a través de Standard Oil, el imperio de John D. Rockefeller controlaba cerca del 90 % del refinado de petróleo en Estados Unidos.

No era solo una cuestión de eficiencia, sino de acceso. Acceso preferente al transporte ferroviario mediante acuerdos monopolísticos.

Compraban competidores —y también voluntades políticas— o, en su defecto, los arruinaban. Se establecían acuerdos secretos con las compañías ferroviarias que permitían reducir costes de forma artificial, mientras se ocultaban las estructuras empresariales mediante redes de sociedades interpuestas. Paralelamente, se influía en el marco legal a través de sobornos y presiones a legisladores, asegurando que cualquier intento de regulación quedara neutralizado antes de prosperar.

Una dinámica similar se daba con la familia Carnegie, que controlaba minas, transporte, fábricas y distribución, y absorbían competidores, cortándoles el suministro hasta forzar su venta.

En paralelo, J. P. Morgan dominaba las finanzas: no producía bienes, pero controlaba el dinero, decidiendo qué empresas sobrevivían y quién accedía al capital mediante financiación condicionada, colocación de directivos y quiebras estratégicas. Controlar el dinero era, en esencia, controlar todo el sistema.

En solo unas décadas, el 40 % de la riqueza nacional se concentró en el 1 % de la población. No era un efecto secundario, sino el resultado lógico del sistema.

Lo que se estaba construyendo no era solo una economía. Era una estructura de poder.

Las grandes familias no crearon el sistema desde cero... lo heredaron, lo ocuparon y después... se beneficiaron de forma casi exclusiva. En pocos años, algunos se convirtieron en los nuevos magnates. No solo por lo que construían, sino por todo lo que controlaban.



Organizaciones como la masonería no aparecían como poder visible. Sin embargo, estaban presentes en muchos de los puntos donde algo cambiaba de manos: en los permisos, en las firmas, en las reuniones.

No decidían qué era el sistema, pero sí quién podía acceder a él. Coordinaban y ponían en contacto a los que llegaban con lo que ya estaba. Distribuían y organizaban. Convertían estructuras que no comprendían en activos utilizables.

Y en ese proceso, como una consecuencia natural, se creaba la riqueza de las nuevas familias que rivalizaban con la nueva aristocracia... o, más bien, congeniaban.

Gracias a sus contactos y posición, crecían rápido. Demasiado rápido. Fortunas sin recorrido previo. Sin base visible... Pero sostenidas por todo lo que gestionaban.

Esa noche escribí: “No solo generaron riqueza... se apropiaron de una herencia anterior y se asignaron la autoridad para administrarla.”

Cerré el cuaderno. Comprendí el verdadero papel que había jugado la llamada del oro. Era el mecanismo. La forma de activar el movimiento.

Y, al igual que tantos otros, Alesandra había llegado tarde al reparto.

CAPÍTULO 13

Los Que Saben

No era evidente. No había señales claras, ni palabras que lo confirmaran. Y, aun así, estaba ahí. En las miradas que se sostenían un segundo más de lo normal. En un silencio que no incomodaba. En la forma en que algunos se detenían frente a los edificios, no parecían estar observando sino recordando.

Alesandra empezó a notarlo poco a poco. Al principio era solo una sensación leve, casi invisible, difícil de nombrar. Una repetición apenas perceptible que aparecía en distintos lugares con personas distintas, siempre de la misma forma.

Nadie hablaba. Nunca lo hacían. No hacía falta.

Había algo en la forma en que se cruzaban las miradas... una certeza breve, casi imperceptible, que desaparecía antes de poder ser explicada.

Era un reconocimiento silencioso, sin gestos ni señales explícitas. No formaban un grupo, no se buscaban, no se seguían. Y, sin embargo, estaban conectados. Por algo que todos, de alguna forma, sabían.



Un anciano se detuvo frente a una fachada. No la miraba como los demás. No buscaba detalles ni formas.

La recorría con los ojos, lentamente... como si no estuviera observando solo la belleza, sino verificando algo que ya conocía.

Alesandra se acercó. —Todo eso ya estaba ahí antes —murmuró él.

No parecía dirigirse a nadie. Durante un instante permaneció inmóvil, dándose cuenta de que alguien lo había oído.

No se giró del todo. Solo lo suficiente... Y enseguida siguió caminando... sin mirar atrás.

Más tarde volvió a ocurrir. Dos mujeres caminaban despacio, en paralelo. Una de ellas, muy anciana, inclinó ligeramente la cabeza.

—Lo han limpiado. La otra asintió con un gesto mínimo. No se miraron y siguieron caminando.

Alesandra no intervenía. Solo observaba y escuchaba.

No eran muchos. Aparecían en distintos lugares, sin relación aparente entre ellos. No se buscaban. No se agrupaban. Tan solo compartían algo imposible de ignorar.

No discutían. No intentaban convencer a nadie.

No buscaban pruebas, ni validación, ni respuesta.

Simplemente reconocían. Decían lo justo, a veces ni eso, y evitaban decirlo en voz alta.

Por la tarde vio a otro anciano, de pie frente a una torre.

No la observaba como un visitante. Sus ojos subían y bajaban, deteniéndose en puntos concretos.

Alesandra se colocó a su lado.

—Pertenece a otra época —dijo sin mirarla.

Alesandra lo observó unos segundos y dijo: —¿A qué época?

El hombre se quedó en silencio. Giró la cabeza y la miró. Por un instante pareció dudar en contestar, pero apartó la mirada y se fue.

Había algo en la forma en que se reconocían —breve, casi imperceptible— que marcaba un límite invisible, una línea que ninguno cruzaba.

Alesandra empezó a entenderlo. No estaban aislados. Pero tampoco podían coincidir. No sin exponerse.

Cada uno sostenía lo que sabía en silencio. Por separado. Compartirlo abiertamente no era una solución.

No había intentos de reencontrarse ni de construir nada en común. Solo un reconocimiento fugaz, y después distancia.

No por falta de confianza.

Era una especie de acuerdo implícito, como si todos hubieran llegado a la misma conclusión. Juntarse era demasiado peligroso.

Alesandra lo percibía cada vez con más claridad... Y entonces lo entendió.

No se trataba solo de lo que sabían. Se trataba de lo que ocurriría en el momento en que eso dejara de ser invisible.

Porque hacerlo visible los haría vulnerables.

Y empezó a percibir otra diferencia. Más sutil. Más importante. No en lo que sabían, sino en la forma en que lo defendían.

Por un lado, los que hablaban con seguridad y lo explicaban todo: arquitectura, estilo, fechas, nueva construcción.

Palabras ordenadas, respuestas completas, explicaciones que no dejaban espacio a la duda. Todo tenía una respuesta.

Se movían con certeza. No se detenían, no dudaban, no observaban más allá de lo necesario, porque creían que mirar dos veces era perder el tiempo.

Y luego estaban los que callaban, los que medían, los que reconocían sin explicar. Los que parecían medir cada palabra.

La diferencia no estaba en el conocimiento. Estaba en ese punto exacto donde unos cerraban la respuesta y otros apenas comenzaban a formular la pregunta.



Esa noche, Alesandra escribió:

“Solo hablan los que no conocen la historia...

y quieren explicarlo todo.

O quienes la conocen...

y tienen poder para decidir qué versión puede contarse.”

No añadió nada más.

Cerró el cuaderno.

CAPÍTULO 14

El Riesgo De Recordar

El anciano que observaba la torre no volvió a aparecer. Nadie preguntó por él.

Meses después, Alesandra volvió a ver a la mujer que había dicho —“Lo han limpiado”

Estaba en la misma calle, en el mismo lugar, sin embargo ya no parecía la misma. Hablaba en voz alta. —Una construcción impresionante —decía— en tan poco tiempo. Es una obra increíble.

No había dejado de hablar, pero ahora decía otra cosa.

Una tarde, un hombre se detuvo junto a Alesandra. No se presentó. Tan solo le dijo en voz baja:

—No hagas preguntas ni vuelvas a hablar de eso con nadie.

No era una orden ni un consejo. Era una advertencia.

Alesandra levantó la mirada. —¿De qué?

El hombre sostuvo la mirada un segundo más de lo necesario.

—Lo sabes muy bien... Y se fue.



Esa noche no pudo dormir. Una sensación de miedo la inundaba.

Ese fue el punto de inflexión. A partir de entonces se impuso una cierta autocensura. Empezó a medir sus palabras, a no detenerse demasiado, a no mirar dos veces, a no preguntar... aunque seguía viendo... y eso no podía evitarlo.

Pensó en Max, en las ciudades, los incendios, las frases, las miradas... Y algo cambió en ese momento. Ya no había duda ni confusión. Su mente estaba clara, quizá demasiada.

A la mañana siguiente todo seguía igual.

Las calles, la gente, las explicaciones. Nada había cambiado y, sin embargo, todo era distinto.

Dejó de fijarse en los demás, no porque no estuvieran, sino porque no podían coincidir. Cada uno sostenía lo que sabía en silencio, separado de los demás, sin posibilidad de formar algo común. Esa era la clave.

Y entonces lo entendió... Lo mismo que Max apenas alcanzó a ver entonces. Hay momentos en los que todo empieza a moverse en la misma dirección y se vuelve irreversible.

Comprendió que las nuevas estructuras no podían sostenerse sobre algo anterior que las cuestionaba. Las instituciones no podían permitir una memoria fuera de su control. Los relatos no podían aceptar lo que no encajaba, y el nuevo sistema no podía funcionar sin una lealtad sumisa, dependiente y plenamente subordinada.

Nadie se había puesto de acuerdo, no hacía falta. Todos avanzaban en la misma dirección. No necesitaban destruir, bastaba con sustituir.

Primero el valor: qué tenía importancia, qué debía circular.

Después el territorio: qué podía ocuparse, qué debía reorganizarse.

Y al final, la memoria: qué podía decirse y qué debía olvidarse.

Por un momento, se sintió paralizada. No era una teoría, era lo que estaba ocurriendo. No se trataba de impedir que nadie viera, sino de impedir que casi nadie coincidiera.

Entonces empezó a recordar el hospital. Lo que ahora ocurría en las calles ya lo había visto antes, en los hospitales. Personas separadas, historias fragmentadas, relatos que no podían encontrarse.



Al igual que allí, el objetivo seguía siendo aislar, cada uno con su versión, sin posibilidad de contraste, sin posibilidad de reconstruir una narrativa diferente.

No era una anomalía del sistema... era el sistema.

CAPÍTULO 15

El Archivo Inicial

Dejé los cuadernos sobre la mesa, sin cerrarlos del todo.

Durante varios minutos podía escuchar mi propio silencio. No era una pausa, era una resistencia. Sabía que, si seguía, ya no iba a poder volver atrás. Y aun así, seguí ordenando, no procesando una idea concreta, sino relacionando los hechos.



Hasta ese momento, todo estaba aún separado: las ciudades, el barro, el abandono, las comunidades, el regreso, las nuevas reglas, los hospitales, las ferias.

Estaba ahí, sin embargo aún no estaba completamente unido. No porque faltaran elementos, sino porque todavía no había visto la profundidad de la estructura.

Volví a abrir los cuadernos, no para avanzar, sino para retroceder.

Las anotaciones y las fotos de Max mostraban grandes ciudades... cúpulas de gran envergadura... palacios de terracota... estaciones de tren... complejos hospitalarios...

Estructuras monumentales levantadas en solo unos años que, según cualquier lógica actual, requerirían décadas.

Edificios como el Capitolio de Washington y otros de un diseño similar que, aún utilizando la tecnología más moderna, resultarían prácticamente imposibles de replicar en la actualidad.

Después venía el barro con las puertas enterradas y las calles elevadas. El nivel original había quedado inutilizado y fue necesario construir encima.

Luego aparecían los desplazamientos, las comunidades, los que recordaban.

Después, el regreso, la ocupación, las reglas, el acceso condicionado.

Ya no se trataba de volver, sino de integrarse en algo que había sido redefinido.

Dejé de leer los cuadernos y comencé a revisar otros archivos, otros relatos, intentando ampliar la mirada y contrastar lo que aparecía en los cuadernos y manuscritos del baúl.

En registros oficiales, encontré referencias a cientos de miles de niños sin origen claro que habían sido trasladados en trenes y distribuidos en zonas rurales y asignados a familias. Por un momento, me pregunté si eran los mismos niños de las familias que reclamaban sus ciudades.

Más adelante estaban los hospitales, la memoria y las ferias, donde aparecían ciudades monumentales construidas en tiempos imposibles.

Revisé un archivo oficial de la feria de Chicago: más de doscientos edificios, algunos monumentales, construidos en una superficie de más de un millón de metros cuadrados, en tan solo unos años.

Una magnitud que, sencillamente, no cuadra. Todos los edificios habían sido registrados, pero sin evidencias coherentes de cómo habían sido construidos.

Y, después, todo desaparecía. Como si no debieran permanecer, quizá para evitar preguntas comprometedoras sobre su construcción.

Décadas después, hubo repetidos incendios en donde desaparecían millones de datos oficiales de los registros.

El patrón se repetía, no sucedía solo con los edificios, también con archivos y millones de documentos importantes.

En el incendio de la isla de Ellis, más de cuarenta años de registros de entrada al país desaparecieron en unas horas. Un millón y medio de identidades legales se quemaron. No había copias.

El censo de 1890, el más completo hasta ese momento, se pierde en un incendio. No había duplicados. Millones de expedientes destruidos en incendios en diferentes juzgados y archivos militares.

No quedaban inventarios ni copias.



El mismo escenario se repetía, una y otra vez, siempre con el mismo resultado:

No quedaba nada para sostener una continuidad.

El pasado desaparecía y los registros eran reescritos bajo la dirección de quienes gobernaban el nuevo sistema.

Por un instante, me sentí saturado de tanta información. Me detuve y dudé seriamente de lo que estaba haciendo.

Quizá no estaba descubriendo nada. Quizá solo estaba recopilando y organizando datos que encajaban con el patrón que quería ver.

Era un buen momento para detenerme y dejarlo reposar todo.

Días después retomé la investigación, y encontré, en una colección privada, varios relatos breves, sin interpretación, solo descripciones de un día totalmente oscuro.

El cielo era negro, no cubierto, no nublado, negro. La luz no atravesaba el aire y había velas encendidas en pleno día. El silencio no era normal, y cuando la oscuridad cedía, el cielo se veía rojizo.

Revisé otras fuentes. Relatos independientes, distintas ubicaciones en medio mundo, la misma descripción.

No era un fenómeno local. Demasiado amplio, demasiado repentino, demasiado uniforme.

Durante décadas, algo había estado ocurriendo antes de que nadie lo registrara. No como evento, sino como proceso.

Actividad volcánica constante en el Atlántico norte... emisiones sostenidas de gases... alteraciones continuas del clima.

Todo ello no alcanzaba la violencia súbita de un evento como el terremoto de 1755 que devastó Lisboa, pero su carácter persistente habría permitido la acumulación de gases y tensiones sísmicas durante años —quizá décadas—, alterando el equilibrio atmosférico y geodinámico... sin dejar una huella clara en los registros.

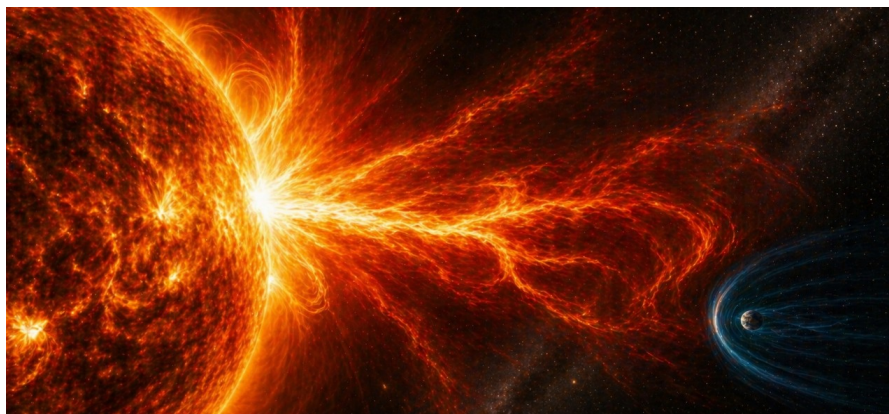
Y en el centro de todo, la isla de Frisland.

El nombre aparecía, durante siglos, en mapas antiguos, y luego desaparecía, sin transición, sin explicación.

¿Era la causa de la incomunicación oceánica del ecosistema de Tartaria?

Fue entonces cuando encontré una referencia que, en otro contexto, habría pasado desapercibida.

La tormenta solar de 1859. El llamado Evento Carrington.



Los registros oficiales lo describían como una tormenta que afectó al sistema telegráfico. Numerosos cables fundidos e incluso algún operador electrocutado.

Las baterías y sistemas que fueron desconectados siguieron funcionando. La red no necesitó alimentación externa durante unas horas. Como si la energía estuviera en el propio entorno.

Me quedé mirando esa línea durante varios minutos. No por lo que explicaba, sino por lo que implicaba.

Un sistema primitivo como el telégrafo podía seguir funcionando alimentado por el propio campo electromagnético de la Tierra.

Recordé las torres y sus cúpulas, y los arcos que Max describía, no como edificios sino como nodos.

Y entonces apareció la pregunta, inevitable: ¿Y si el telégrafo no era el sistema más avanzado de su tiempo, sino el único que sobrevivió?

Volví a los cuadernos. A las fechas. A 1780.

Ahora tenía sentido. Si aquel mismo fenómeno solar había ocurrido antes, no habría quedado registrado.

No porque no sucediera, sino porque no existía nada reconocido que pudiera evidenciarlo. Aún no existía el telégrafo. Y, oficialmente, no había ninguna otra red.

Me quedé pensando... Eso no significaba que no hubiera sucedido nada en 1780. No se puede registrar el daño de algo que oficialmente no existía.

Di rienda suelta a mi imaginación y empecé a contemplarlo todo no solo como una posibilidad... sino como si ya supiera cómo había ocurrido. Así que dejé que mi mente encajara cada pieza hasta convertirlo en una realidad coherente:

Durante décadas, una actividad sísmica y volcánica sostenida en el Atlántico norte fue acumulando tensión hasta un punto crítico:

El hundimiento de la isla de Frisland.

El sistema no colapsó en ese instante, pero lo que se perdió fue la comunicación a través del océano.

Y entonces, al día siguiente, el cielo se apagó.

No era una tormenta. No era humo. Era una oscuridad total en pleno día. Una ausencia de luz que no se correspondía con ningún fenómeno conocido.

Días después, llegó la tormenta solar. No como un evento aislado, sino como un golpe vital.

Las estructuras no colapsaron, pero los sistemas dejaron de responder.

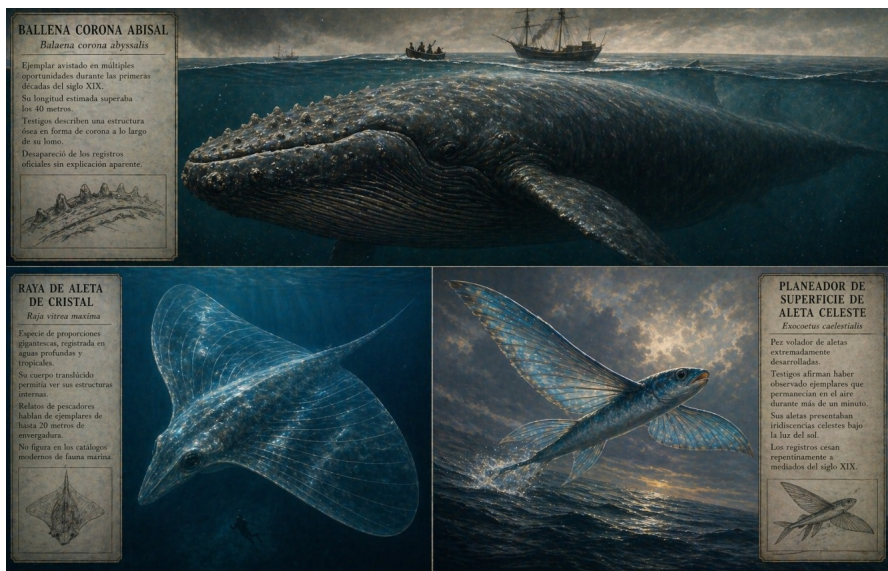
Y, además de perderse la comunicación entre las ciudades, la red quedó gravemente dañada.

En las décadas siguientes, los registros empezaron a cambiar. No de golpe, sino de forma progresiva, silenciosa, ordenada.

Tartaria dejó de aparecer en los mapas, como algo que nunca había existido.

En paralelo, otros relatos dejaron de aparecer en archivos oficiales. Solo permanecían en cuadernos privados, en relatos aislados.

Diferentes animales marinos que no encajaban en la teoría de la evolución.



Una ballena de proporciones imposibles: la “ballena corona abisal”

Un pez translúcido gigantesco: la “raya de aleta de cristal”

Y el pez volador que vio Max: el “planeador de superficie de aleta celeste”.

¿Era todo fruto de la imaginación?

Me detuve de nuevo ahí y volví a la anotación de Max.

Un pez enorme de veinte metros, sostenido en el aire sobre el océano durante más tiempo del que debería ser posible.

No pude evitar imaginarlo. ¡Qué experiencia! Poder ver no solo un pez volador de ese tamaño, sino las impresionantes ballenas, y otras formas de vida que pudieron haberse extinguido.

En algunos archivos privados leí que, durante las primeras décadas del siglo XIX, los océanos aún contenían formas de vida que no encajaban en el mundo que vendría después.

Al igual que Frisland, dejaron de aparecer en los archivos oficiales... dejaron de formar parte de lo que podía ser registrado.

Cerré el cuaderno lentamente.

No estaba reconstruyendo una historia. Estaba observando un cambio de sistema.

A partir del siglo XX, los registros se vuelven consistentes y las narrativas totalmente coherentes.

Las últimas generaciones que recordaban algo distinto desaparecieron en guerras, pandemias o por muerte natural.

Y las historias que algunos contaron a sus nietos quedaron reducidas a recuerdos de ancianos confusos.

Los nuevos sistemas educativos no dejaban espacio para creerlas. Las siguientes generaciones aprendieron a descartar todo lo que no fuera “científico”... dentro de un marco académico en el que cualquier versión diferente sonara a un cuento de abuelos.

Todas esas ciudades monumentales no habían sido construidas en el siglo XIX. Habían sido ocupadas, alteradas y, más tarde, reutilizadas.

En algunos lugares la transición dejaba huella: capas, restos, ajustes visibles. En otros, nada. Las estructuras ya estaban integradas, como si nunca hubieran pertenecido a algo diferente.

Después, las guerras. No iniciaban el proceso, sino que coincidían con él y lo aseguraban.

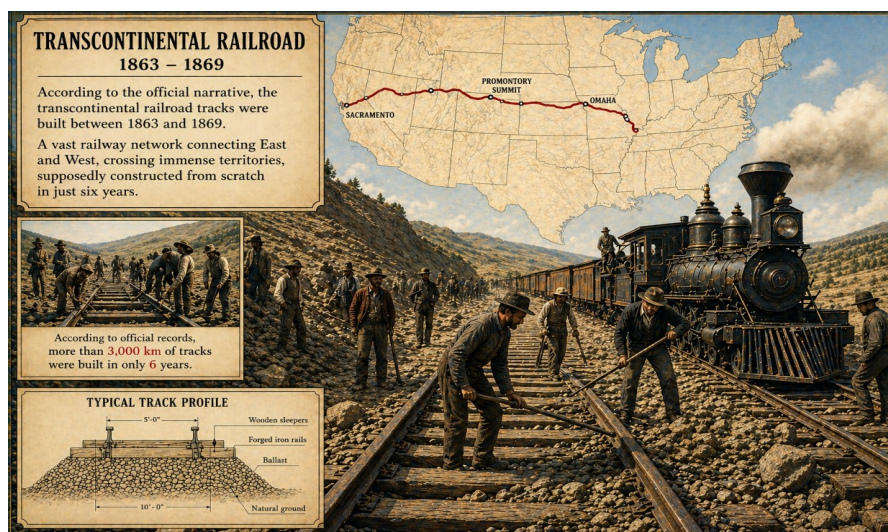
No abrían territorios. Los cerraban.

En ciertos puntos, el ajuste no se limitaba a la ocupación, sino que había destrucción: incendios selectivos registrados como accidentes.

Algunas estructuras permanecían y otras desaparecían, no por su estado, sino por su función y para no dejar rastros de la tecnología anterior.

No era una historia, era una secuencia, no de eventos, sino de fases: interrupción, colapso, intervención, reorganización, filtrado, exhibición, y, por último, el olvido del mundo anterior.

Otro día logré añadir una pieza más al rompecabezas del manuscrito de Alesandra, cuando conversó con el trabajador del ferrocarril sobre las vías que habían desenterrado.



Según el relato oficial, las vías de ferrocarril transcontinental habían sido construidas entre 1863 y 1869.

Toda una red que conectaba el Este con el Oeste, atravesando territorios inmensos, supuestamente levantada desde cero en solamente seis años. Más de 2.000 kilómetros de vías, túneles y puentes.

Suena a un cuento para niños... que nadie parece haber cuestionado.

Abrí los ojos para ver con claridad que no eran solo las estructuras. Era la memoria: qué se recordaba, qué se olvidaba, qué se podía contar y qué se podía cuestionar o incluso pensar.

Volví mentalmente a los hospitales.

No buscaban información, sino coherencia.

Una única versión, no necesariamente verdadera, pero estable.

Y algunas memorias no podían ajustarse sin romperse.

Entonces comprendí el patrón completo: las ferias mostraban, los hospitales filtraban y el sistema reorganizaba los nuevos relatos, la nueva narrativa.

Apoyé las manos sobre la mesa. No sentía incertidumbre, sino más bien incomodidad. Porque aquello no era una simple teoría, era toda una estructura en funcionamiento.

Max no había sido solo un testigo. Había sido interrumpido, apartado y devuelto después al mundo, cuando ya no era un testigo creíble y lo esencial ya había sido colocado.



Tenía el aspecto de un loco vagabundo, cuyas facultades mentales se habían deteriorado, probablemente debido a tanto medicamento durante tantos años. Su memoria estaba erosionada, su percepción distorsionada, su discurso totalmente fragmentado.

Un día decidí mostrar las fotos del baúl a alguien. No a cualquiera. A alguien que trabajaba con archivos, con historia, con documentos reales. Un historiador. Nos conocíamos desde hacía años. No era alguien fácil de impresionar.

Nos vimos una tarde. Le enseñé las fotografías, los planos, algunas anotaciones. Las había digitalizado semanas antes y subido a la nube.



Las observó con calma, una a una, sin prisa, sin apenas reaccionar. Cuando levantó la vista, el café ya se había enfriado.

—Esto no prueba nada —dijo. No sonó a rechazo, sino a método.

—No pueden ser auténticas —añadió—.

—No coinciden con ningún registro.

Volvimos a quedar días después. Fuimos a varios archivos. Vimos colecciones digitalizadas, versiones distintas del mismo material.

Algunas imágenes no estaban. Otras sí, pero no eran exactamente iguales. Revisamos fechas, versiones anteriores, copias almacenadas en distintos repositorios. Había diferencias.

—No es un error de catalogación —murmuró. No supe qué decir.

Se detuvo en una de las búsquedas... comparando dos imágenes que, según el registro, deberían ser la misma. Pero no lo eran.

—Mira esto, las líneas no coinciden, ni las proporciones.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar.

—Si esto fuera un fallo, sería evidente —dijo—.

Levantó la mirada. —Es como si hubieran sido modificadas.

No dijo quién. No dijo cómo. Y tampoco parecía dispuesto a seguir por ahí.

—En historia hay errores —añadió—. Pero no de este tipo, ni a esta escala.

No lo dijo como una conclusión. Lo dijo como un límite.

No volví a hablar con él. No porque la conversación hubiera terminado, sino porque entendí que, a partir de ese punto, ya no estaba dispuesto a seguir mirando.

Dudé nuevamente si seguir con mi investigación. Empezaba a entender por qué otros habían dejado de hacerlo.

Recordé entonces las palabras de la princesa. Sonaban como una advertencia que no había terminado de entender.

—Cuando el sistema deja de sostenerse... no lo reconstruyen... lo sustituyen.

Me quedé en silencio. La pregunta apareció sola. —¿Quién?

Esta vez no me conformaba con una respuesta abstracta y empecé a unir todo lo que había leído en los cuadernos y manuscritos del baúl.

—Las coronas... necesitaban un origen limpio... si aquellas ciudades no eran suyas, tampoco lo era su historia...

—La Iglesia... no podía permitir otra forma de entender el mundo... si no habían construido esas estructuras, entonces tampoco podían sostener su relato...

—Las academias... no tenían que ocultarlo... bastaba con no incluirlo... si no se podía explicar, dejaba de existir...

—Y después... el sistema... no político, no religioso... económico...

Si aquello funcionaba sin depender de recursos, no podía formar parte del mundo que estaba empezando...



Me pregunté si esos grupos estaban de acuerdo. La respuesta vino sola.

No hacía falta. Cada uno necesitaba caminar en la misma dirección, aunque por razones distintas y ocupando espacios diferentes.

Un mundo que pudiera explicarse, un mundo que pudiera sostenerse, un mundo que fuera dependiente.

Miré de nuevo los registros, las fechas, las ciudades.

—Todo lo que no cuadraba. Entonces ¿Quiénes eran ellos?

—No eran un grupo. —Era una convergencia. —Un sistema que no necesita organizarse porque ya avanza en la misma dirección.

Entonces entendí lo que la princesa no había explicado del todo.

—No destruyen el mundo...

—Sustituyen las condiciones en las que puede existir el nuevo.

Miré los cuadernos como se mira algo que ha sobrevivido no al tiempo, sino a la reorganización.

Entonces apareció la pregunta, no como conclusión, sino como límite: si todo había sido reorganizado, si las ciudades habían cambiado y si la memoria había sido filtrada...

¿Qué parte de la historia había sido realmente conservada?... ¿y qué parte era ya el resultado de esa reorganización?

No escribí nada más. No tomé notas. No formulé ninguna certeza silenciosa. Solo cerré el cuaderno y lo dejé sobre la mesa.

A partir de ese momento todo dependía de otra cosa. No de lo que estaba escrito, sino de lo que otros fueran capaces de reconocer.

Aún así, por alguna razón, sentía que no todo estaba sobre la mesa.

Volví al baúl, no buscando nada nuevo, sino porque intuía que aún no lo había visto todo.

Retiré los cuadernos, las fotografías, los objetos que ya había examinado.

Los coloqué sobre la mesa, uno a uno, hasta dejar el fondo despejado.

Durante un rato me paré. Ya estaba todo fuera del baúl. Sin embargo, tenía una sensación de que aún faltaba algo.

Volví al baúl y lo encontré. Un cuaderno más oscuro y sin ninguna marca en la cubierta.

No estaba junto al resto. Estaba al fondo, medio escondido...

Como si no hubiera sido colocado para ser encontrado.

Lo abrí. Las primeras páginas no contenían explicaciones, solo registros: fechas sueltas, lugares, anotaciones breves.

New York aparecía varias veces, también Chilaga, Saint Louis, Boston y otras ciudades.

Las entradas no describían lo visible. Describían lo que estaba debajo.

Max no hablaba solo de calles o de edificios, hablaba de niveles.

“Bajo la ciudad... hay más ciudad.”

Leí la frase varias veces.

Las páginas siguientes eran más precisas.

Mencionaban accesos, descensos, estructuras que no aparecían en ningún plano.

No eran sótanos ni túneles improvisados. Eran espacios, más profundos y extensos de lo que cualquier edificio necesitaría, y estaban todos conectados.

No especificaba ninguna ciudad. Las anotaciones reunían observaciones de distintos lugares sin diferenciarlos.

Las descripciones se mezclaban. No utilizaba palabras técnicas.

Pasé varias páginas. Había dibujos, capas superpuestas, niveles que no se correspondían con una sola construcción.

En una de las páginas, la escritura cambiaba ligeramente: estructuras metálicas incrustadas en la piedra... cámaras cerradas.

Max no parecía sorprendido. Parecía estar confirmando algo que ya sospechaba.

Seguí avanzando. Las descripciones eran cada vez más difíciles de sostener dentro de la cronología oficial.

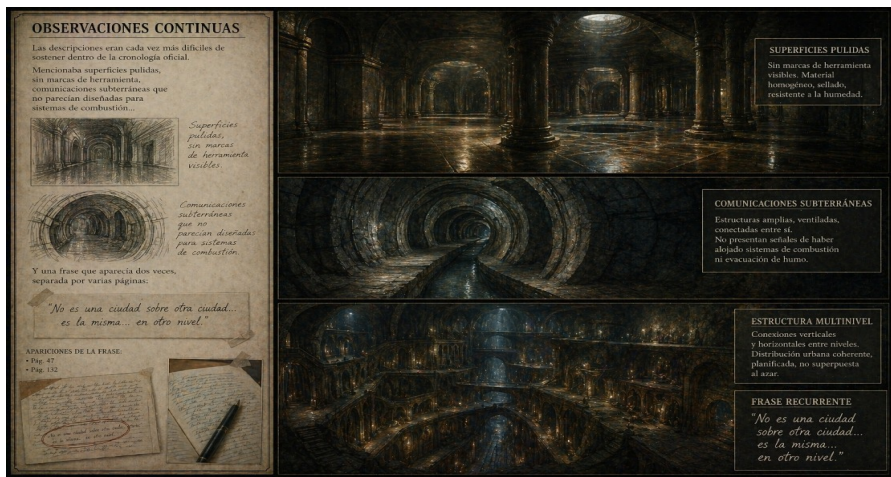
Mencionaba superficies pulidas, sin marcas de herramienta, comunicaciones subterráneas que no parecían diseñadas para sistemas de combustión.

Y una frase que aparecía dos veces, separada por varias páginas:

“No es una ciudad sobre otra ciudad... es la misma... en otro nivel.”

Cerré el cuaderno un momento y miré las fotografías extendidas sobre la mesa: los arcos... las torres... las cúpulas... las proporciones.

La pregunta dejó de estar en la superficie de las ciudades... y pasó a estar bajo ellas.



Al día siguiente, sentí de nuevo la misma sensación, pero esta vez no desaparecía.

Había revisado todos los cuadernos, pero sentía que algo no terminaba de cerrarse. No era una duda concreta, era una sensación persistente, una presión leve en el pecho, pero constante.

No tenía que ver con los espacios, sino con la secuencia.

Todo lo que había visto hasta ese momento explicaba cómo había funcionado el sistema, pero no qué había ocurrido después ni quién lo había heredado.

Intenté cerrar los cuadernos, y dejarlo ahí.

Pero la presión en el pecho no desaparecía.

CAPÍTULO 16

El Manuscrito Oculto

Al día siguiente la presión en el pecho continuaba.

Volví al baúl. Ya no parecía quedar nada. Hasta que noté que el fondo parecía ceder. Presioné, y algo se desplazó apenas unos milímetros.

Debajo había otro manuscrito. Debía ser algo especial para estar tan oculto. No había registros ni observaciones, solo fragmentos, escritos sin fecha, sin orden. No describían lo que había ocurrido, sino lo que estaba por ocurrir.

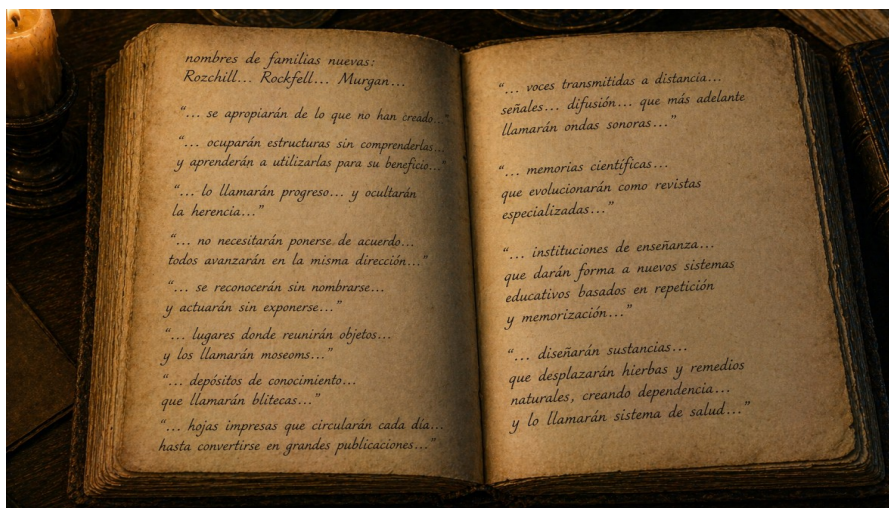
La escritura no era de Alesandra. Era de Max. Pero no era su estilo ni su forma de redactar.

El texto mostraba una nueva faceta de la princesa. No solo como guardiana del pasado, sino como visionaria.

Entraba en trance... y Max anotaba.

No hablaba de las ciudades de la Federación ni describía arcos ni torres. Hablaba de lo que vendría después. Y ponía nombres.

En varias líneas aparecía alguna referencia a personajes de la realeza, y también nombres de familias nuevas: Rozchill... Rockfell... Murgan...



No había referencias a sus orígenes. Los nombres aparecían asociados a movimientos, acumulación y transferencias.

“... se apropiarán de lo que no han creado...”

“... ocuparán estructuras sin comprenderlas... y aprenderán a utilizarlas para su beneficio...”

Había menciones a edificios, a obras, a objetos... no como creación, sino como apropiación.

“... lo llamarán progreso... y ocultarán la herencia...”

A medida que avanzaba, los textos describían dinámicas. Familias sin origen visible que, en tan solo unas décadas, acumularían fortunas imposibles, sin una base, sin recursos iniciales.

Las páginas siguientes hablaban de acuerdos. No de tratados o de alianzas declaradas... algo más difuso, más estable.

“... no necesitarán ponerse de acuerdo... todos avanzarán en la misma dirección...”

Redes interconectadas de influencia... corporaciones. Estructuras que no pertenecían a una sola familia y, sin embargo, las unían.

Muchas de esas familias operarían de forma discreta, sin exposición, sin nombre visible.

Diversificarían su poder en la política, en las finanzas, en los medios de comunicación.

Después aparecían sectores... Energía... transporte... materias primas. Carbón... petróleo... redes de distribución.

El manuscrito no hablaba en abstracto. Aunque algunos nombres no se correspondían con exactitud, muchas de sus predicciones eran precisas. No solo anticipaba eventos... les daba forma y nombre.

Más adelante, el manuscrito se volvía aún más inquietante.

No hablaba solo de riqueza... hablaba de control.

Gabinetes de curiosidades... archivos... gacetas... anales...
academias... casas de curación...

Y, entre esas palabras, otras que no parecían pertenecer a su tiempo:

“...lugares donde reunirán objetos... y los llamarán moseoms...”

“...depósitos de conocimiento... que llamarán blitecas...”

“...hojas impresas que circularán cada día... hasta convertirse en
grandes publicaciones...”

“...voces transmitidas a distancia... señales... difusión... que más
adelante llamarán ondas sonoras...”

“...memorias científicas... que evolucionarán como revistas
especializadas...”

“...instituciones de enseñanza... que darán forma a nuevos sistemas
educativos basados en repetición y memorización...”

“...diseñarán sustancias... que desplazarán hierbas y remedios
naturales, creando dependencia... y lo llamarán sistema de salud...”

Todo aparecía no como creación, sino como transformación. Todo el
sistema iba a ser redefinido.

“...crearán estructuras nuevas... adaptando y dando otra forma a lo
que ya estaba...”

Me detuve. Sus palabras intentaban describir algo que aún no tenía
nombre.

Y, entre líneas, se repetía la misma idea:

“...no controlarán solo lo que ocurre... controlarán cómo se interpreta
y cómo se narra ...”

Espacios donde mostrarán y se repetirá constantemente la versión del
pasado que debe permanecer.

Todo aparecía no como cultura, sino como estructura.

“... no ocultarán el pasado... definirán qué puede recordarse... y cómo debe entenderse...”

Me detuve de nuevo. Había una última frase, escrita con más presión, como si hubiera sido añadida después:

“... no solo se adaptarán al nuevo sistema... serán su consecuencia...”

“...se conectarán sin mostrarse conectados...”

“...adaptarán lo que ya existe... y lo harán dependiente...”

Guardé el manuscrito.

La princesa visionaria no estaba describiendo un futuro incierto. Estaba describiendo la forma en que el futuro iba a organizarse.

Y también... que familias y nuevas estructuras formarían parte de él.

CAPÍTULO 17

El Hallazgo

Volví al baúl de nuevo, esta vez por impulso. Algo me empujaba a mirar otra vez. Pensé que quizá no fuera el único fondo oculto. No era solo una simple sospecha, era una deducción.

Los objetos seguían en su lugar: cuadernos, fotografías y las piezas que aún no entendía para qué servían.

No sabía si iba a encontrar algo nuevo. Tan solo intuía que faltaba algo por ser expuesto, algo que todavía no había visto.

Retiré todo de nuevo, uno a uno, con más cuidado que otras veces, hasta dejar el interior completamente vacío... o eso parecía.

Pasé la mano por el fondo, presioné en distintos puntos, recorrí los bordes. Nada.

Me detuve. Si había un mecanismo, quizá no iba a repetirse de la misma forma. Así que volví a mirar cada rincón del baúl, no solo el interior, también las uniones, las juntas, los encajes.

Entonces lo vi. Una línea demasiado perfecta para ser desgaste.

Presioné. No cedió al principio. Pero al insistir, algo se desplazó.

Era una segunda capa. Más profunda. Más difícil de encontrar.

Introduje los dedos con cuidado y lo saqué.

Era otro cuaderno, pequeño, compacto, sin marcas, sin señales de haber sido usado con frecuencia.

No sabía la razón de por qué estaba tan oculto. Quizá no debía ser encontrado.

Lo abrí. No había fechas, ni ciudades, ni descripciones.

Las primeras páginas no hablaban ni del pasado ni del futuro. Eran otra cosa. Parecían indicaciones de cómo mirar.

Frases breves, sin desarrollo, como instrucciones:

“No mires las estructuras... mira las relaciones.”

Pasé a la siguiente página.

“No busques el origen... observa la repetición.”

Otra más. “No es la forma... es la proporción.”

Me detuve. No era un registro, ni un relato, ni una predicción. Todo parecía indicar que era un código de lectura.

Volví a las fotografías, a los planos, a las ciudades que ya había visto. Las extendí sobre la mesa: Chicago, New York, Washington, Saint Louis, Boston... y otras. Distintos lugares, pero la misma lógica, las mismas proporciones, los mismos ejes.

Tomé una de las fotografías y la miré de cerca. Ya la había visto antes. No obstante, ahora no miraba solo el edificio. Miraba su relación con el entorno: las líneas, las distancias, los ángulos.

Volví al baúl. Saqué la cámara, compacta, lisa, sin lente visible.

Recordé una frase de Max: “No todas las imágenes se ven igual.”

La enfoqué hacia un edificio. Al principio no ocurrió nada, pero luego hubo un cambio leve en lo que mostraba.

La habitación seguía igual, aunque no del todo. Las paredes, el suelo, las líneas del espacio parecían contener algo más. No era una distorsión de la superficie, era otra capa, otra estructura, como si lo visible no agotara todo lo que estaba allí.

Dejé la cámara en la mesa. Creía empezar a entenderlo. Volví a mirar las fotografías, ya no como registros, sino como pruebas. No de lo que existió, sino de lo que sigue ahí, y nunca ha dejado de estar.

Cerré el baúl, esta vez del todo. Ya no iba a seguir mirando.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Miré la ciudad, las calles, los edificios. No era el pasado lo que estaba viendo. Era el presente, tal como siempre había sido.

No dije nada. No escribí. No intenté explicarlo. Porque ya no era una cuestión de entender, sino de reconocer.

Durante unas horas, todo encajaba... demasiado bien.

Volví a las fotografías que había subido a la nube, las mismas que estaban en el baúl, las mismas que había digitalizado semanas antes. Abrí las carpetas: Chicago, New York, Saint Louis, Boston. No buscaba nada nuevo. Solo quería comprobar.

Me detuve en una. No sabría decir qué había cambiado, pero algunas cosas no estaban donde recordaba.

Amplíé la imagen, revisé líneas, proporciones, detalles en las fachadas. Todo parecía correcto, y, aun así, no coincidía.

Abrí otra y luego otra. El patrón se repetía. Sentía una sensación constante de desajuste. No parecía estar viendo lo mismo.

Pensé en un error: compresión, digitalización, algún tipo de pérdida al escanear. No sabía si lo que no coincidía estaba en las fotografías o en mi memoria.

Busqué las originales en el baúl. No eran exactamente iguales. Las imágenes seguían ahí, y sin embargo no coincidían.



Respiré hondo. Era un error muy extraño, como si, al digitalizarlas, algo las estuviera corrigiendo.

Me quedé inmóvil, mirando la pantalla sin verla... Y entonces empecé a dudar, con cierta ansiedad.

Estaba desorientado y confuso. Ya no podía estar seguro de que todas aquellas imágenes fueran auténticas.

Quizá no habían sido alteradas ahora. Quizá nunca habían sido lo que yo creía. Quizá habían sido creadas... o modificadas. Quizá por alguien... o por algo.

Por un momento pensé incluso que todo podía ser una broma.

Cerré el portátil y esa noche no dormí.

Ya no estaba seguro de que existiera una versión original... algo auténtico a lo que poder volver.

CAPÍTULO 18

El reconocimiento

Salí a la calle con el dispositivo del baúl. Necesitaba salir porque ya no podía quedarme más tiempo dentro.

Después de aquella noche, todo lo que estaba entre cuatro paredes empezaba a ser insuficiente. Me faltaba el aire. Como si el problema no estuviera en las imágenes, sino en lo que había alrededor de ellas.

No era solo la duda. Era algo más incómodo.

Si no podía confiar en las fotografías, menos aún podía confiar en el recuerdo que tenía de ellas.

Caminé sin rumbo claro. La ciudad seguía funcionando como siempre. Gente caminando por las aceras, ruido constante, edificios limitando los espacios. Todo en su sitio, demasiado en su sitio.

Me detuve frente a una fachada que había visto decenas de veces. No tenía nada de especial, o eso había creído siempre.

Levanté la mirada. Las proporciones seguían siendo correctas y las líneas también, pero algo no terminaba de coincidir.

No sabía si era un error visible o solo una sensación.

No tenía claro si aquello que estaba viendo era exactamente lo mismo que había visto otras veces.

Di un paso atrás. Entonces empecé a fijarme en detalles que antes había pasado por alto, y que siempre habían estado ahí.

En la parte superior, integradas en la piedra, había piezas metálicas. Sabía que no eran decorativas ni tampoco estructurales.

Recordé las fotografías... las torres... los arcos... las conexiones.

Por un momento, todo volvió a sostenerse sin fricciones.

No solo como arquitectura. Como algo colocado con intención.

Sin embargo, esta vez había una diferencia.

Ya no estaba seguro de si lo que encajaba era real, o simplemente coherente con lo que creía ver.

Saqué el dispositivo. No para comprobar nada, sino para enfrentarme a la única pregunta que ya no podía evitar.

Si aquello estaba ahí ¿había estado siempre o acababa de aparecer?

Pulsé sobre un botón del dispositivo, y lo sostuve sin saber exactamente qué iba a pasar.

Algo se activó. No hubo luz. Tan solo una vibración. La imagen cambió. No de golpe. De forma gradual.

El edificio seguía allí, sin embargo ahora era diferente.

Las líneas parecían duplicarse, no en la superficie, sino dentro de las mismas estructuras. Niveles que no se correspondían con lo visible, formas internas, conexiones. Como si lo exterior no fuera más que una parte. Como si el edificio no se terminara en lo visible.

Toqué de nuevo el botón. La imagen volvió a la superficie, a la versión aceptada. Nada había cambiado.

Guardé la cámara y seguí caminando, observando, reconociendo: una torre, un trazado, una proporción repetida. Siempre había estado ahí.

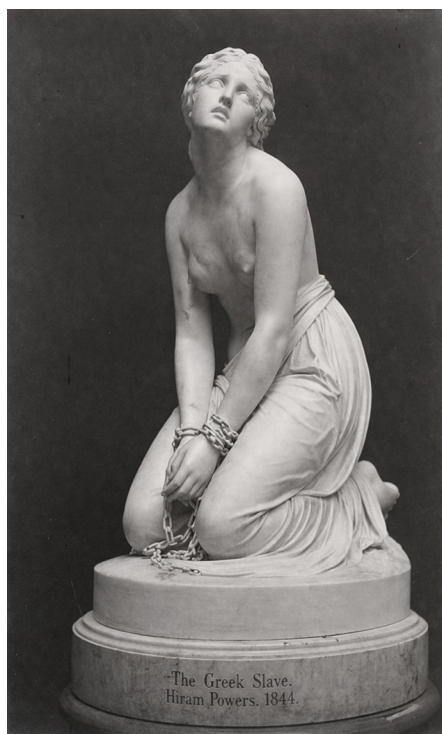
Me detuve en un cruce y entonces lo sentí. Una sensación de presencia, de coincidencia. Al otro lado de la calle había alguien más enfocando lo mismo, con otro dispositivo. Quizás estaba viendo también lo que había detrás.

Cruzamos las miradas. No hubo gesto ni palabras. Nos reconocimos durante un instante, y nada más. Después apartó la mirada y siguió caminando.

Unos días después, decidí viajar a Washington D.C. y visitar el museo Smithsonian. No buscaba nada en particular. Más que una visita, era una pausa. Un descanso después de tanta investigación y tanta duda.

La escultura estaba al fondo... blanca... silenciosa... bella.

Durante unos segundos no pensé en nada... solo la miré.



Pero no pude evitar pensar... y apareció la primera fricción.

Si el proceso era tan frágil como decían, debería haber errores. Sin embargo no había ninguno.

Me acerqué a la figura. Demasiado perfecta. Demasiado estable. Si el proceso era tan delicado, la escultura debería de tener alguna marca, algún fallo visible... pero no lo tenía.

Rodeé la figura despacio. No había correcciones, no había un mínimo error en el mármol.

La pregunta no era si es bella... la pregunta es cómo se logró.

Me detuve en un punto concreto: la transición de la piel a la tensión. El peso sostenido sin esfuerzo visible. Ahí fue cuando todo colapsó.

El problema no era lo que veía, sino que lo que veía no coincidía con la forma en que se supone que se esculpía.

Porque si esa belleza era el resultado de un proceso, ese proceso debería haber dejado rastro... y no lo había.

Me quedé unos segundos más, mirando con serenidad la figura.

La técnica para crear algo tan hermoso no había evolucionado. Había desaparecido. Ningún artista moderno sabía como crear algo tan perfecto en mármol. Y eso mismo sucedía con muchas obras de arte repartidas por los museos de medio mundo.

Permanecí quieto un minuto antes de continuar, inundado por una certeza silenciosa.

La ciudad seguía funcionando, la gente seguía moviéndose y las explicaciones seguían ahí. Nada se había detenido, nada se había revelado. Y, aun así, todo estaba a la vista.

No era el pasado lo que había cambiado. Era el presente.

Me detuve una última vez. Miré alrededor y comprendí que no había nada que descubrir. Solo algo que reconocer.

Y en ese instante entendí por qué nadie habla. Por qué nadie cuestiona.

Después escribí una última frase que guardé en el baúl:

“No todo desaparece.

Algunas cosas... nunca dejan de estar ahí.”

✦ EPÍLOGO

La caja

No volví a abrir el baúl. No hacía falta. Había entendido lo suficiente. No lo que había ocurrido, sino cómo seguía ocurriendo.

Durante días dejé de escribir, de buscar, de ordenar... me limité a observar: las calles, los edificios, la forma en que todo encajaba... demasiado bien...

Una mañana seleccioné algunas fotos, algunos planos, algunos dibujos. Los imprimí, no los expliqué, no los ordené, no los firmé.

Lo guardé todo en una caja, sin fecha, sin índice, sin nombre... solo un mapa con indicaciones para encontrar el baúl.

La dejé donde podía ser encontrada... no fácilmente, pero tampoco imposible...

La ciudad siguió igual. Las explicaciones también.

Años después... alguien encontró la caja.

No la estaba buscando. La abrió. No entendía casi nada... sin embargo algo despertó su curiosidad... lo suficiente para empezar a mirar hacia la realidad que lo rodeaba...

Y, sin saber muy bien por qué, decidió encontrar el baúl.

**Si has llegado hasta aquí,
te mereces algo más que una respuesta...**

Una invitación.

**Puedes usarla...
o regalarla.**

BONO BAÚL DE TARTARIA: ACCESO GRATUITO



Invitación a participar en un taller de
CONSTELACIONES FAMILIARES
desde la perspectiva Primal.



Talleres en:

MADRID · MÁLAGA · BARCELONA · MURCIA · TENERIFE



Regala este libro a quien tu quieras.

La persona podrá participar en un taller de forma gratuita
con solo presentar el libro impreso.



Coste normal de participar como representante
la primera vez: 10€



Válido durante
el 2026 y 2027



Requiere reserva previa
enviando un WhatsApp al
(+34) 627619266



✧ Agradecimientos

A todas las personas que han participado —y participarán— en los espacios de observación histórica.

A quienes han sostenido preguntas sin necesidad de cerrarlas, sin debate, sin confrontación y sin imponer conclusiones.

A quienes han aportado presencia, respeto y conciencia a un campo colectivo que no pertenece a una persona ni a una corriente específica, sino al sistema social en su conjunto.

A quienes intuyen que la historia no es solo pasado, sino una estructura viva que sigue influyendo en el presente.

A quienes comprenden que reconocer lo olvidado no es atacar el sistema, sino permitirle respirar aire fresco y recuperar complejidad, coherencia y paz.

Y a quienes, incluso sin saberlo, forman parte de este proceso de recuerdo, reconocimiento y honra de civilizaciones, culturas y memorias que esperan ser integradas.

Cada encuentro, cada mirada compartida, cada silencio sostenido con verdad, forma ya parte de este movimiento.

¡Gracias! Angel Primal

❖ Notas del autor

Si las preguntas siguen ahí... es porque así debe ser.

Materiales, referencias, marco cronológico y enlaces:

👉 AngelPrimal.com/tartaria/el-baul-de-tartaria

Si estás leyendo esta novela en formato digital, recuerda que el **bono de acceso completo** se encuentra en la edición impresa.

Sobre las Constelaciones Sistémicas Históricas:

Cuando algo es excluido, no desaparece: se desplaza en el tiempo.
Aquello que no es reconocido sigue esperando ser visto.

Encuentros abiertos de observación histórica:

👉 ConstelacionesFamiliares.es/historicas



Hay historias que no desaparecen.
Solo cambian de lugar.

Cuando un investigador adquiere
un antiguo baúl en una subasta,
no imaginaba que su contenido
cuestionaría todo lo que creía saber.

El Baúl de Tartaria no es solo una novela.
Es una exploración inquietante sobre la historia
de Norteamérica...
Y la posibilidad de una civilización avanzada
borrada del mapa hace menos de 200 años.

Este libro no pretende convencerte
ni darte respuestas.
Propone algo más simple... pero más incómodo:
mirar de nuevo... y sostener la mirada.
Porque quizá el mayor misterio de la historia
no es lo que ocurrió...
sino lo que dejó de contarse.